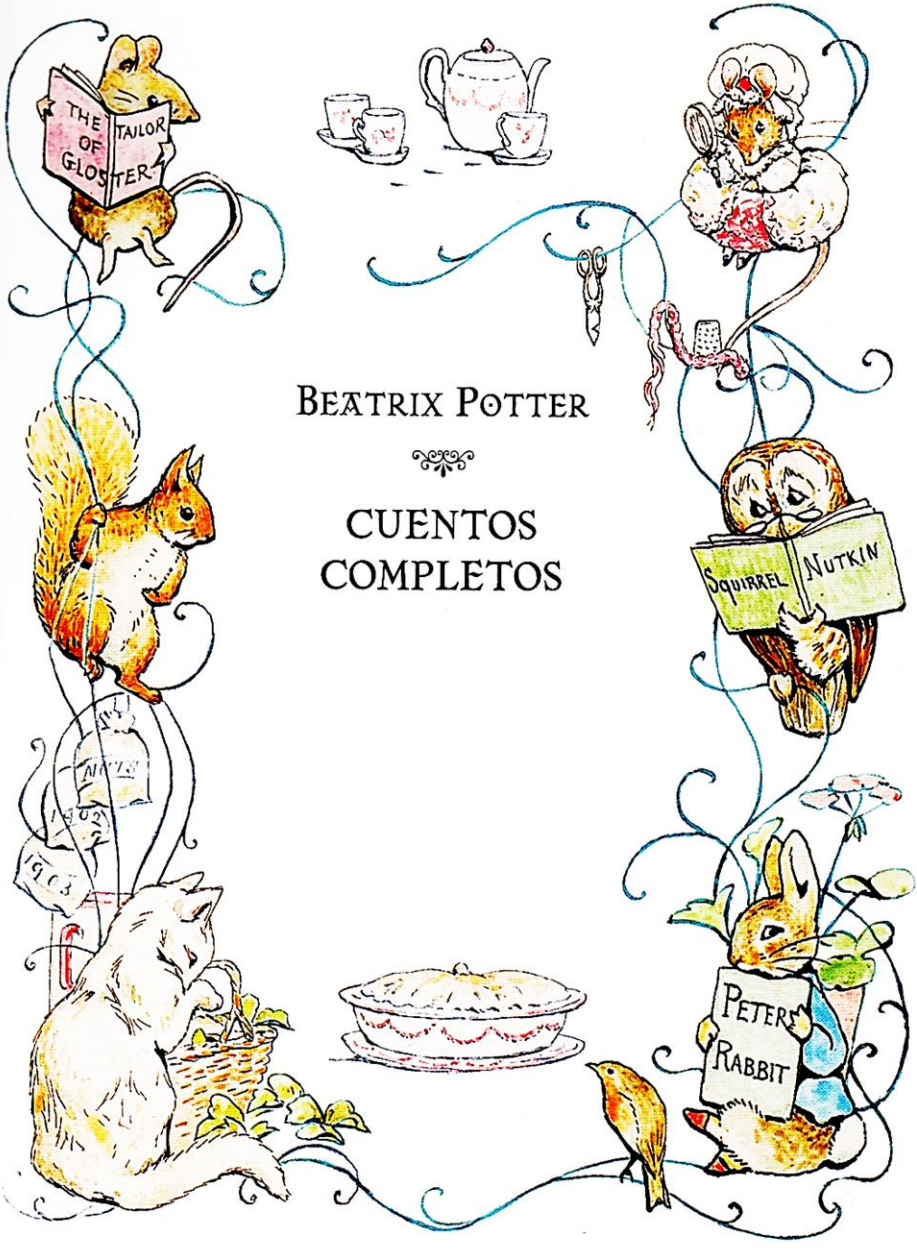
ESTE LIBRO

PERTENECE A:

.....

.....



BEATRIX POTTER

CUENTOS COMPLETOS

«… ¡Echarpes para ratones y perifollos para gente menuda! ¡Para ratones!», dijo el sastre de Gloucester. *El sastre de Gloucester.*

BEATRIX POTTER

CUENTOS COMPLETOS

TOMO II

Edición original y autorizada

BEASCOA

SUMARIO

Acerca de Beatrix Potter. 6

LOS CUENTOS

El cuento de la empanada y el molde 101
El cuento del señor Jeremías Peces 119
La historia de un conejito feroz 131
La historia de la señorita Minina 139
El cuento del gato Tomás 147
El cuento de la oca Carlota 159
El cuento de Samuel Bigotes o El brazo de gitano . . 173

Acerca de Beatrix Potter

Beatrix Potter nació en 1866 y creció como una joven victoriana más, con una vida convencional y protegida de la realidad de la vida en el seno de una familia de buena posición. No asistió a la escuela, sino que fue educada por institutrices en su casa de Londres, por lo que tuvo pocas oportunidades de relacionarse con otros niños. Su único hermano, Bertram, era seis años más joven, y cuando estaba en la escuela los compañeros permanentes de Beatrix eran los animales domesticados que guardaba en la clase. Pasaba horas observándolos, estudiando su comportamiento y dibujándolos con gran maestría. En verano, el padre de Beatrix Potter alquilaba una casa de campo por tres meses, primero en Escocia y después en el distrito de los Lagos de Inglaterra. En aquellas largas vacaciones, Beatriz y Bertram podían explorar el campo y aprender cosas sobre las plantas y los animales a partir de su propia observación.

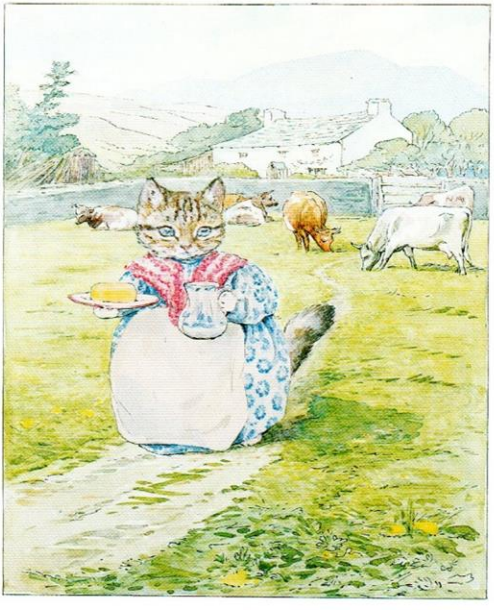
La carrera de Beatrix Potter como artista y autora de cuentos para niños comenzó en 1902, con la publicación por Frederick Warne de *El cuento de Perico el conejo travieso*. Varias editoriales habían rechazado previamente el relato, pero al público le encantó en cuanto apareció. Beatrix estaba llena de ideas y produjo por término medio dos libros al año hasta 1910. El dinero que ganaba le permitía cierta independencia, aunque seguía viviendo en casa con su padre y su madre. En 1905, el editor de Beatrix, Norman Warne, le pidió que se casara con él. Pese a la oposición de sus padres, que lo consideraban una persona «del comercio» y por tanto de rango inferior a ellos, Beatrix aceptó, pero la prematura muerte de Norman a causa de una anemia perniciosa, solo unas semanas después, puso fin trágicamente al compromiso. Aquel mismo año, Beatrix compró su primera propiedad en el distrito de los Lagos, la granja Top Hill, en la población de Sawrey. Después de la muerte de Norman, pasaba allí todo el tiempo que le era posible. La granja y los terrenos circundantes comenzaron a aparecer en sus cuentos, y algunas de sus ilustraciones más apreciadas representan escenarios del distrito de los Lagos que no han cambiado hasta nuestros días.

En 1913, cuando tenía cuarenta y siete años, Beatrix se casó con William Heelis, un abogado de la zona, y adoptó Sawrey como residencia permanente. La escritura y la pintura comenzaron a ceder terreno ante la agricultura, la cría de ovejas y la compra de parcelas del hermoso campo de los Lagos para garantizar su conservación. En los últimos treinta años de su vida, la agricultura y la conservación de la tierra serían sus principales preocupaciones, y cuando murió, en 1943, legó al Estado unas 2.000 hectáreas de terreno y quince granjas. Fue una mujer extraordinaria, dotada de una imaginación realmente original, talento artístico y literario, visión y la fuerza mental necesaria para encontrar la realización creativa.

El cuento de

LA EMPANADA Y EL MOLDE

1905



Acerca de este cuento

Las raíces de este cuento se hallan en el pequeño pueblo de Sawrey, aunque Beatrix Potter no residía aún allí cuando dibujó sus senderos, casas y jardines en 1902. La primera versión fue escrita en 1903, pero el relato quedó en el olvido hasta 1905. El cuento refleja el afecto de Beatrix por aquel pueblecito del distrito de los Lagos y sus habitantes, y era uno de sus favoritos: «Si después de imprimirlo queda bien, será mi cuento preferido después del *Sastre*». Este relato se publicó en 1905, en un formato mayor que el de los demás, y en 1930 fue reducido a las dimensiones habituales y numerado como el decimoséptimo de los *Cuentos originales del conejo Perico*. La dedicatoria dice: «Para Joan [una de las hijas de la familia Moore], para que se lo lea a Baby» [la ahijada de Beatrix, nacida en noviembre de 1903 y que llevaba su mismo nombre].

ÉRASE una vez una gatita llamada Feliciana que invitó a merendar a una perrita llamada Duquesa.

«No te retrases, querida Duquesa —decía Feliciana en su carta— Tomaremos una cosa estupenda. La estoy haciendo en el horno, en una fuente, una fuente con el borde de color rosa. ¡Seguro que nunca has probado algo tan rico! ¡Y será para ti enterito! Yo comeré bollitos, querida Duquesa», escribió Feliciana.

Duquesa leyó la carta y escribió esta contestación:

«Iré con mucho gusto a las cuatro y cuarto. Pero qué cosa más extraña. Yo también iba a invitarte a venir a mi casa, para la cena, mi querida Feliciana, y había preparado algo de lo más exquisito.

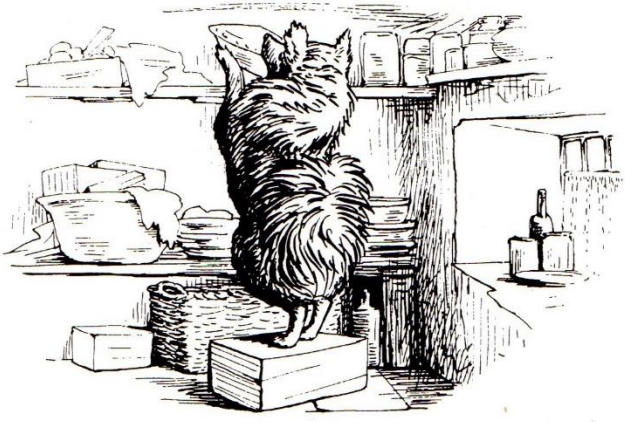
»Seré puntual, querida Feliciana», escribió Duquesa, y al final añadió: «¡Espero que no sean ratones!».

Después pensó que aquello no parecía muy educado, así que tachó «que no sean ratones» y escribió «espero que esté riquísimo», y le dio la carta al cartero.

Pero no podía dejar de pensar en la empanada de Feliciana, y releyó la carta de la gatita una y otra vez.

«¡Mucho me temo que sean ratones!», se dijo Duquesa. «Y de verdad no podría, sería incapaz de comer empanada de ratones. Y como es una fiesta, tendré que comérmela. La mía iba a ser de ternera y jamón. ¡Un molde rosa y blanco! El mío también es así; igualito que los platos de Feliciana. Las dos los compramos en la tienda de Milagros de Miau.»

Duquesa entró en su despensa, cogió la empanada de un estante y la miró.



«Está lista para meterla en el horno. ¡Qué buena pinta tiene la masa! Pondré un moldecito de lata para sostenerla. Y en el centro haré un agujero con un tenedor para que salga el vapor. ¡Oh, cómo me gustaría comerme mi propia empanada, en vez de una empanada de ratones!»

Duquesa pensó, caviló y releyó la carta de Feliciana.

«Una fuente rosa y blanca... y será para ti enterito. "Ti" significa yo... ¿entonces Feliciana ni siquiera va a probar la empanada? ¡Una fuente rosa y blanca! Seguro que Feliciana tiene que salir a comprar los bollitos... ¡Ah, qué buena idea! ¿Por qué no voy de una carrera y meto mi empanada en el horno de Feliciana mientras ella no está en casa?»

¡A Duquesa le encantó ver lo lista que era!

Mientras tanto, Feliciana había recibido la contestación de Duquesa, y en cuanto tuvo la seguridad de que la perrita podía venir... metió su empanada en el horno. Había dos hornos, uno encima de otro. Las demás manillas y tiradores solo eran de adorno y no servían para abrir. Feliciana metió la empanada en el horno de abajo; le costó trabajo abrir la puerta.

«El horno de arriba cuece demasiado rápido», se dijo Feliciana. «Es una empanada hecha con los más tiernos y delicados ratones, con tocino picado. Y he quitado todos los huesos, porque Duquesa estuvo a punto de ahogarse con una espina de pescado la última vez que di una fiesta. Come un poquito deprisa, a grandes

bocados. Pero es una perrita fina y elegante, una compañía muchísimo mejor que la prima Milagros de Miau.»

Feliciana echó un poco de carbón y avivó el fuego. Luego salió con una jarra para coger agua del pozo para llenar la tetera.

Después comenzó a poner en orden la habitación, que era salón además de cocina. Sacó las alfombras, las sacudió ante la puerta principal y las volvió a poner bien estiradas. La alfombrilla de delante de la chimenea era una pellica de conejo. Limpió el polvo del reloj y de los adornos de la repisa de la chimenea y limpió y sacó brillo a las mesas y las sillas.

Luego extendió un mantel blanco limpísimo y puso su mejor juego de té de porcelana, que sacó de un armarito empotrado que estaba junto a la chimenea.

Las tazas de té eran blancas con rosas pintadas, y los platos eran blancos y azules.

Después de poner la mesa, Feliciana cogió una jarra y un

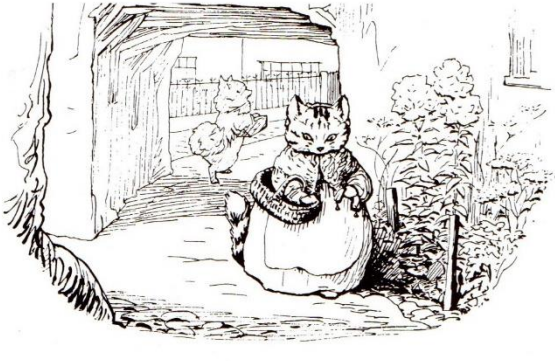
plato azul y blanco y fue a campo traviesa a la granja a por leche y mantequilla.

Cuando volvió, miró el horno de abajo. La empanada tenía muy buen aspecto.

Feliciana se puso el chal y la cofia y volvió a salir, esta vez con una cesta, para comprar un paquete de té, medio kilo de terrones de azúcar y un tarro de mermelada en la tienda del pueblo.

Y en ese mismo instante Duquesa salía de su casa, en la otra punta del pueblo.

Feliciana y Duquesa se encontraron en la calle, a mitad de camino. La perrita llevaba también una cesta, tapada con un paño. Se saludaron con una inclinación de cabeza. No se hablaron porque ya se verían después en la fiesta.



En cuanto volvió la esquina y se perdió de vista, Duquesa echó a correr. ¡Derecha a la casa de Feliciana!

Feliciana entró en la tienda, compró lo que necesitaba y salió, después

de una amena conversación con la prima Milagros de Miau.

La prima Milagros estuvo muy displicente:

—¡Una perrita, nada menos! ¡Como si no hubiera GATOS en Sawrey! ¡Y una empanada para merendar! ¡Qué cosas tienes! —dijo la prima Milagros.

Feliciana fue después a la panadería de Timoteo y compró los bollitos. Luego volvió a casa.

Cuando entraba por la puerta principal le pareció oír como un ruido de pasos en el pasillo de atrás.

—Espero que no sea esa urraca. De todos modos, las cucharas están guardadas bajo llave —dijo Feliciana.

Pero no había nadie. Feliciana abrió con dificultad la puerta del horno de abajo y dio la vuelta a la empanada. ¡Empezaba a desprender un apetitoso olor a ratón asado!

Mientras tanto, Duquesa había salido a hurtadillas por la puerta trasera.

—¡Qué raro que la empanada de Feliciana no estuviera en el horno cuando metí la mía! Y no he podido encontrarla en ninguna parte. He mirado por toda la casa. He metido mi empanada en un horno calentito en la parte de arriba. No he podido girar ninguna otra manilla. Creo que todas son de mentira —dijo Duquesa—, ¡pero me habría gustado sacar la empanada de ratón! No puedo ni imaginar qué ha hecho con ella. ¡Como Feliciana llegaba, tuve que salir corriendo por la puerta de atrás!

Duquesa volvió a su casa y se cepilló su precioso pelaje negro. Luego cortó flores en su jardín, hizo un ramo para llevárselo de regalo a Feliciana y dejó pasar el tiempo hasta que el reloj dio las cuatro.

Feliciana, después de registrar a fondo el armario y la despensa para asegurarse de que de verdad no había nadie escondido, subió al piso de arriba a cambiarse de ropa.

Se puso un vestido de seda lila, para la fiesta, y un delantal y una esclavina de muselina bordada.

—¡Qué extraño! —dijo Feliciana—. No recuerdo haber dejado abierto este cajón. ¿Habrá estado alguien probándose mis mitones?

Volvió al piso de abajo, preparó el té y puso la tetera en la placa. Echó otro vistazo al horno de *abajo*: la empanada tenía ya un agradable color tostado y humeaba.

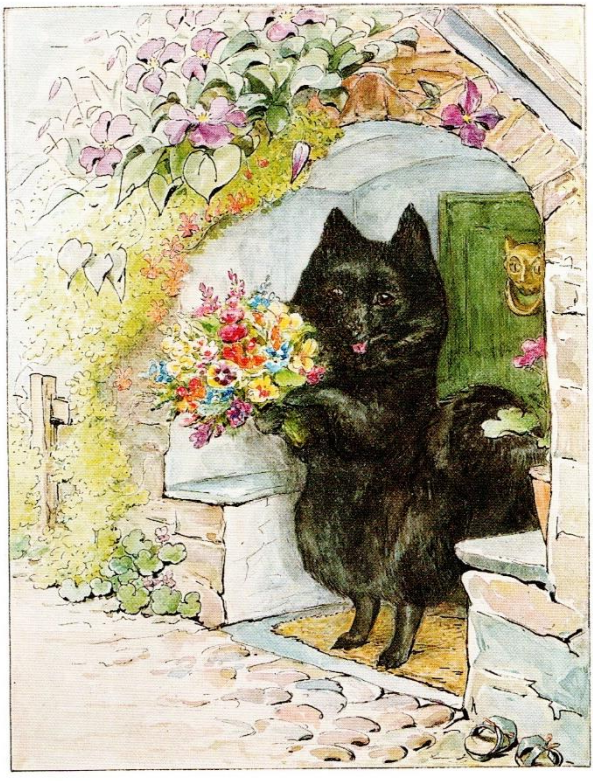
Se sentó al fuego a esperar a la perrita.

—Me alegro de haber utilizado el horno de *abajo* —dijo Feliciana—. El de arriba habría estado demasiado caliente. Me pregunto por qué estaría abierta la puerta de ese armario. ¿Puede haber entrado alguien en la casa?

A las cuatro, puntualmente, Duquesa salió de casa para ir a la fiesta. Cruzó el pueblo corriendo tan deprisa que llegó antes de tiempo y tuvo que esperar un ratito en el callejón que lleva a la casa de Feliciana.

—Me pregunto si Feliciana habrá sacado ya mi empanada del horno —dijo Duquesa—. ¿Qué habrá sido de la otra empanada, la de ratón?

A las cuatro y cuarto, ni un minuto más tarde,



sonaron unos golpecitos educados en la puerta.

—¿Está la señorita Feliciana en casa? —preguntó Duquesa desde el porche.

—¡Adelante! ¿Qué tal estás, mi querida Duquesa? —exclamó Feliciana—. ¡Espero que bien!

—Muy bien, gracias. ¿Y tú, qué tal estás, querida Feliciana? —dijo Duquesa—. Te he traído unas flores. ¡Qué delicioso olor a empanada!

—Oh, ¡qué flores tan preciosas! Sí, es de ratón y tocino.

—No hablemos de comida, querida Feliciana —dijo Duquesa—. ¡Qué precioso mantelito blanco!... ¿Está ya en su punto? ¿Está todavía en el horno?

—Creo que le hacen falta otros cinco minutos —dijo Feliciana—. Solo un poquito más. Serviré el té mientras esperamos. ¿Quieres azúcar, querida Duquesa?

—¡Oh, sí, por favor, querida Feliciana! ¿Puedo ponerme además un terrón en el hocico?

—No faltaba más, querida Duquesa. ¡Qué bien estás cuando levantas las patitas! ¡Estás preciosa!

Duquesa se sentó sobre las patas traseras, con el azúcar en la nariz, y olisqueó.

—¡Qué bien huele esa empanada! Me chiflan la ternera y el jamón... quiero decir el ratón y el tocino.

Dejó caer el azúcar con la confusión y tuvo que ponerse a buscarlo debajo de la mesa, por lo que no vio qué horno abría Feliciana para sacar la empanada.

Feliciana puso la empanada sobre la mesa. Olía muy apetitoso.

Duquesa salió de debajo del mantel masticando el azúcar y se sentó sobre sus patas traseras en una silla.

—Cortaré primero la empanada para ti. Yo tomaré bollitos con mermelada —dijo Feliciana.

—¿De verdad prefieres los bollitos? ¡Cuidado con el moldecito!

—¿Cómo dices? —dijo Feliciana.

—¿Quieres que te pase la mermelada? —se apresuró a decir Duquesa.

La empanada estaba muy sabrosa, y los bollitos calientes y ligeros. Desaparecieron rápidamente, sobre todo la empanada.

«Creo —pensó Duquesa para sí—, creo que habría sido más prudente que me hubiera servido yo misma la empanada. Aunque parece que Feliciana no ha sospechado nada al cortarla. ¡Qué trocitos tan finos han quedado al hornearse! No recordaba haberlo picado tan fino. Supongo que será porque este horno es más rápido que el mío.»

«¡Qué rápido come Duquesa!», pensó Feliciana mientras untaba mantequilla en su quinto bollito.

¡La fuente de la empanada se vaciaba deprisa! Duquesa se había servido ya cuatro veces y rebuscaba con la cuchara.

—¿Un poquito más de tocino, querida Duquesa? —preguntó Feliciana.

—Gracias, querida Feliciana. Solo estaba buscando el moldecito.

—¿El moldecito, querida Duquesa?

—El moldecito que mantiene levantada la tapa de masa —dijo Duquesa, sonrojándose bajo su pelaje negro.

—Oh, no he puesto ningún molde, querida Duquesa —dijo Feliciana—. No creo que haga falta para las empanadas de ratón.

Duquesa seguía hurgando con la cuchara.

—¡No lo encuentro! —dijo muy preocupada.

—No hay ningún moldecito —dijo Feliciana, mirándola perpleja.

—Sí, claro que sí, querida Feliciana. ¿Dónde habrá ido a parar? —dijo Duquesa.

—Con toda seguridad no había ningún moldecito, Duquesa querida. No me gusta poner objetos de lata en los pudines y las empanadas. Es muy desagradable. (¡Sobre todo cuando la gente traga los trozos sin masticar!) —añadió bajando la voz.

Duquesa parecía muy asustada y seguía rebuscando dentro de la fuente.

—Mi tía abuela Esquintina, que era la abuela de la prima Milagros de Miau, se murió por tragarse un dedal que había en un pastel de ciruela de

Navidad. Yo nunca pongo objetos metálicos en mis pudines ni en mis empanadas.

Duquesa parecía aterrada, y levantó la fuente de un lado.

—Solo tengo cuatro moldecitos, y están todos en el armario.

Duquesa lanzó un aullido.

—¡Voy a morir! ¡Voy a morir! ¡Me he tragado un moldecito! ¡Oh, Feliciana querida, me siento tan enferma!

—Es imposible, mi querida Duquesa. No había ningún moldecito.

Duquesa gemía, gañía y se estremecía.

—¡Qué mal me siento! ¡Me he tragado un moldecito!

—No había *nada* en la empanada —dijo Feliciana muy seria.

—Sí que lo había, mi querida Feliciana, y me lo he tragado, no cabe duda.

—Deja que te coloque un cojín en la espalda, Duquesa querida. ¿Dónde crees que está?

—Oh, me encuentro muy mal por todas partes, querida Feliciana. ¡Me he tragado un enorme molde de lata con los bordes afilados y dentados!

—¿Quieres que vaya a buscar al médico? ¡Pero antes guardaré las cucharas!

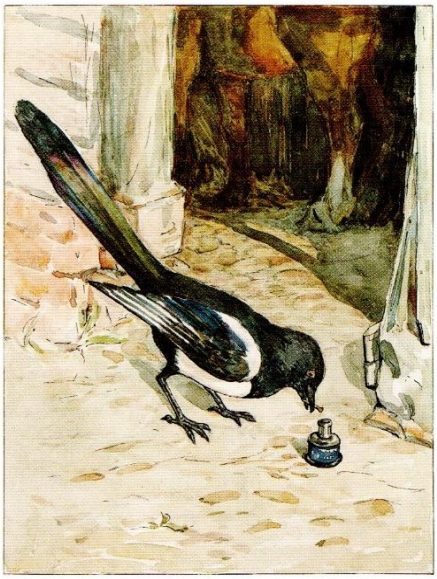
—¡Oh, sí, sí! Ve a buscar al doctor Antojos, Feliciana querida. Es una urraca y seguro que lo entiende.

Feliciana sentó a Duquesa en un sillón junto al fuego y se fue a toda prisa al pueblo en busca del médico.

Lo encontró en la fragua.

Estaba ocupado metiendo clavos oxidados en un tintero que había traído de la oficina de correos.

—¿Jamón? ¡Ja! ¡Ja! —dijo, ladeando la cabeza.



Feliciana le explicó que su invitada se había tragado un moldecito.

—¿Espinacas? ¡Ja! ¡Ja! —dijo, y la acompañó sin dilación.

El doctor Antojos daba saltitos tan deprisa que Feliciana tuvo que correr. Llamaban mucho la atención. Todo el pueblo se enteró de que Feliciana había ido a llamar al médico.

—¡Ya sabía yo que iban a darse un atracón! —dijo la prima Milagros de Miau.

Pero mientras Feliciana fue a buscar al médico, algo curioso le había sucedido a Duquesa, que se había quedado sola, sentada ante el fuego, suspirando, quejándose y sintiéndose muy desdichada.

—¿Cómo he podido tragarme una cosa tan grande como un molde?

Se levantó, se acercó a la mesa y rebuscó otra vez en la fuente con una cuchara.

—No, aquí no hay ningún moldecito, y yo

puse uno. Y como nadie ha comido de la empanada más que yo, ¡tengo que habérmelo tragado!

Se sentó de nuevo y se quedó mirando lastimeramente la chimenea. El fuego crepitaba y bailaba, ¡y algo sssilbaba!

¡Duquesa dio un respingo! Abrió la puerta del horno *de arriba*... y de allí salió un delicioso y rezumante aroma a ternera y jamón. Y allí estaba una bonita empanada bien tostada. Y por un agujero que había en la parte de arriba de la tapa de masa asomaba un trocito de molde de lata.

Duquesa tomó aliento.

—¡Entonces lo que he comido ha sido RATÓN!... No es de extrañar que me sintiera tan mal... ¡Pero tal vez me sentiría peor si de verdad me hubiera tragado un moldecito —reflexionó Duquesa—. ¡Qué difícil va a ser explicárselo a Feliciana! Creo que voy a dejar mi empanada en el patio de atrás sin decir nada. Cuando me vaya a casa, daré un rodeo y me la llevaré.

Sacó la empanada por la puerta de atrás, volvió a sentarse junto al fuego y cerró los ojos. Cuando Feliciana llegó con el médico, parecía estar profundamente dormida.

—¿Jamón, ja, JA? —dijo el médico.

—Me encuentro mucho mejor —dijo Duquesa, despertándose de un salto.

—¡Cuánto me alegra oír eso! ¡Te ha traído una píldora, Duquesa querida!

—Creo que me sentiré perfectamente solo con que me tome el pulso —dijo Duquesa, evitando a la urraca, que se acercaba sigilosamente llevando algo en el pico.

—Solo es una píldora de pan. Harías bien en tomártela. Bebe un poquito de leche, querida Duquesa.

—¿Jamón? ¿Jamón? —dijo el médico, mientras Duquesa tosía y se atragantaba.

—¡No vuelva a decir eso! —dijo Feliciana, perdiendo la calma—. Tenga, tenga este pan con mermelada y lárguese al patio.

—¡Jamón y espinacas! ¡Ja, ja, JA! —gritó triunfante el doctor Antojos saliendo por la puerta de atrás.

—Me siento mucho mejor, Feliciana querida —dijo Duquesa—. ¿No te parece que sería mejor que volviera a casa antes de que anochezca?

—Quizá sea lo más sensato, querida Duquesa. Te prestaré un chal calentito y te llevaré del brazo.

—No quisiera molestarte por nada del mundo. Me siento muchísimo mejor. Una píldora del doctor Antojos...

—¡Desde luego es admirable si te ha curado después de haberte tragado un moldecito! Me pasaré por tu casa en cuanto desayune para ver cómo has dormido.

Feliciana y Duquesa se despidieron cariñosamente y Duquesa se puso en camino hacia su casa. En mitad del callejón se paró y miró hacia atrás. Feliciana había entrado y cerrado la puerta. Duquesa pasó bajo la cerca, dio un rodeo hasta la parte de atrás de la casa de Feliciana y miró hacia el patio.

En el tejado de la pocilga estaban el doctor Antojos y tres grajillas. Las grajillas comían masa de empanada y la urraca bebía jugo de la carne en un moldecito.

—¡Jamón! ¡Ja! ¡JA! —gritó cuando vio asomar por la esquina el hociquito negro de Duquesa.

Duquesa se fue corriendo a su casa, sintiéndose tonta de remate.

Cuando Feliciana salió a por un cubo de agua para lavar la vajilla de té, se encontró una fuente de empanada rosa y blanca hecha añicos en medio del patio. El moldecito estaba debajo de la bomba del agua, donde el doctor Antojos había tenido la deferencia de dejarlo.

Feliciana lo miró sin salir de su asombro.

—¡Nunca había visto cosa igual! ¡Así que era cierto que había un moldecito!... Pero si todos mis moldecitos están guardados en el armario

de la cocina... ¡Es increíble! La próxima vez que quiera dar una fiesta... ¡invitaré a la prima Milagros!

FIN

El cuento del señor Jeremías Peces

1906

Acerca de este cuento

El señor Jeremías Peces nació en la imaginación de Beatrix Potter muchos años antes de la publicación de su historia en 1906. La primera vez que apareció fue en 1893, en una carta ilustrada a Eric Moore, que Beatrix escribió al día siguiente de enviar el cuento del conejo Perico a su hermano Noel. En 1894, Beatrix hizo una serie de dibujos de ranas en blanco y negro, que se publicaron en un almanaque para niños, y en 1902 habló del señor Jeremías con su editor, Norman Warne. Después de la muerte de Norman en 1905, Beatrix necesitaba trabajo y presentó el relato a Harold, hermano de Norman y su nuevo editor. «Presiento que mi trabajo y su amabilidad serán mi mejor consuelo.» Es posible que las horas solitarias que pasó dibujando escenas apacibles en el distrito de los Lagos reconfortaran a Beatrix: en cualquier caso, el cuento incluye algunas de sus más bellas ilustraciones. Está dedicado a Stephanie Hyde Parker, «de la prima B.».

ÉRASE una vez una rana que se llamaba señor Jeremías Peces. Vivía en una casita llena de humedad entre los ranúnculos a la orilla de un estanque.

El agua estaba por todas partes en la despensa y en el pasillo de atrás.

Pero el señor Jeremías disfrutaba mojándose los pies. Nadie le regañaba por ello y jamás se había resfriado.

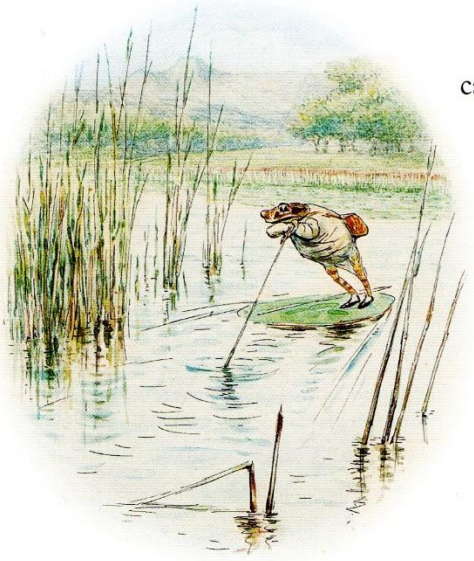
Le encantaba mirar hacia fuera y ver las grandes gotas de lluvia cayendo en el estanque…

—Voy a coger unas cuantas lombrices para salir a pescar y así tendré un plato de pececitos para la cena —dijo el señor Jeremías Peces—. Si pesco más de cinco, invitaré a mis amigos el concejal Ptolomeo Tortuga y sir Isaac Newton. ¡Aunque el regidor solo come ensalada!

El señor Jeremías se puso un impermeable y un par de chanclos relucientes.

Cogió la caña y la cesta y se fue dando grandes saltos al lugar donde guardaba su barca.

La barca era redonda y verde y se parecía mucho a las otras hojas de nenúfar. Estaba amarrada a una planta acuática en medio del estanque.



El señor Jeremías cogió una pértiga de caña y con ella impulsó la barca hasta aguas abiertas.

—Conozco un buen sitio para pescar pececillos —dijo el señor Jeremías Peces.

El señor Jeremías Peces clavó la pértiga en el barro y ató la barca a ella.

Luego se sentó con las piernas cruzadas y preparó sus trebejos de pescar.

Tenía un bonito flotador, pequeñito y rojo. Su caña era un robusto tallo de hierba, su sedal una crin de caballo,

fina, larga y blanca, y en la punta ató una lombricita que se retorcía.

Las gotas de lluvia le caían por la espalda, y estuvo casi una hora mirando el flotador.

—Estoy empezando a aburrirme. Me parece que voy a comer algo —dijo el señor Jeremías Peces.

Volvió al embarcadero impulsando la barca entre las plantas acuáticas y sacó la merienda de la cesta.

—Tomaré un emparedado de mariposa y esperaré a que escampe —dijo el señor Jeremías Peces.

Un gran escarabajo acuático salió de debajo de una hoja de nenúfar y pellizcó la puntera de uno de sus chanclos.

El señor Jeremías subió las piernas un poco más, para quedar fuera de su alcance, y siguió comiendo el emparedado.

Un par de veces algo se movió, crepitando, y salpicando, entre los juncos a la orilla del estanque.

—Espero que no sea una rata —dijo el señor Jeremías Peces—. Lo mejor será que me largue de aquí.

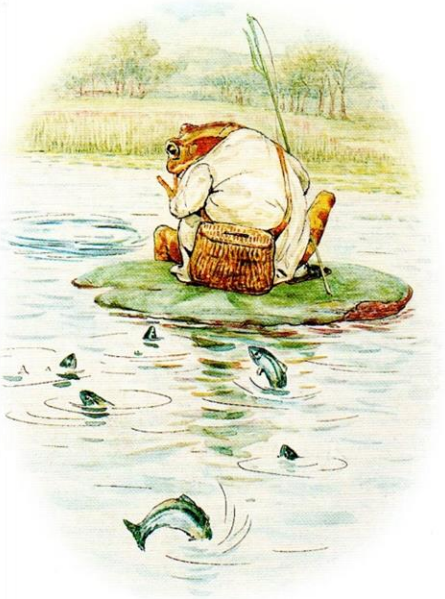
El señor Jeremías impulsó la barca un poco más lejos y lanzó el cebo. Picaron casi al instante. El flotador dio un terrible tirón.

—¡Un pececillo, un pececillo! Lo tengo agarrado por el hocico —gritó el señor Jeremías Peces, tirando de la caña.

¡Pero qué horrible sorpresa! En vez de un pececillo terso y regordete, el señor Jeremías sacó a Juan Púas, el picón, cubierto de espinas.

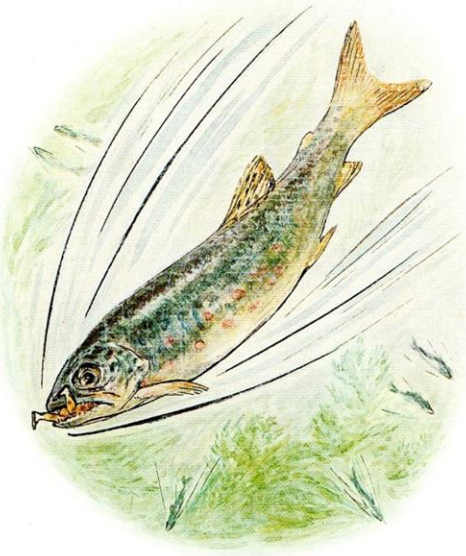
El picón forcejeó alrededor de la barca, pinchando y mordiendo hasta que se quedó sin aliento.

Luego volvió de un salto al agua.

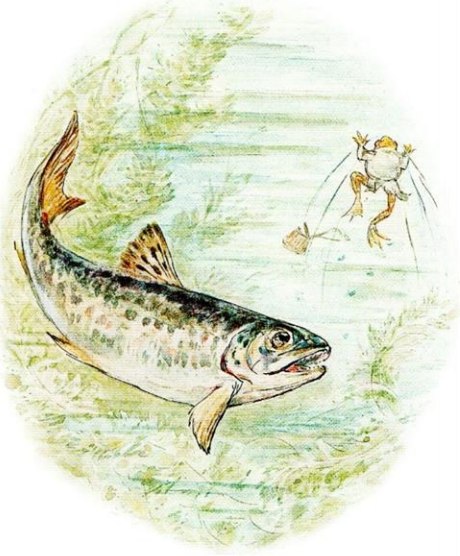


Y un montón de pececillos asomaron la cabeza y se rieron del señor Jeremías Peces.

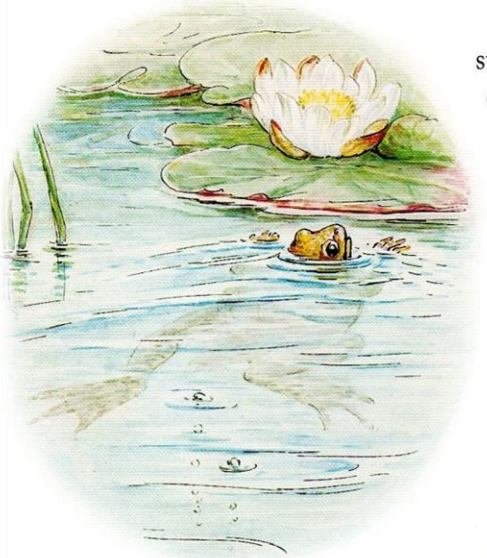
El señor Jeremías se sentó desconsolado en el borde de su barca, chupándose los dedos doloridos y mirando el agua. ¡Y entonces sucedió algo mucho peor! Habría sido algo de verdad espantoso si el señor Jeremías no hubiera llevado puesto el impermeable.



Una trucha descomunal salió del agua, salpicando con su ¡crash-pflop-p-p! y se llevó al señor Jeremías de un bocado (¡au, au, au!). Luego dio la vuelta y se zambulló en el fondo del estanque.



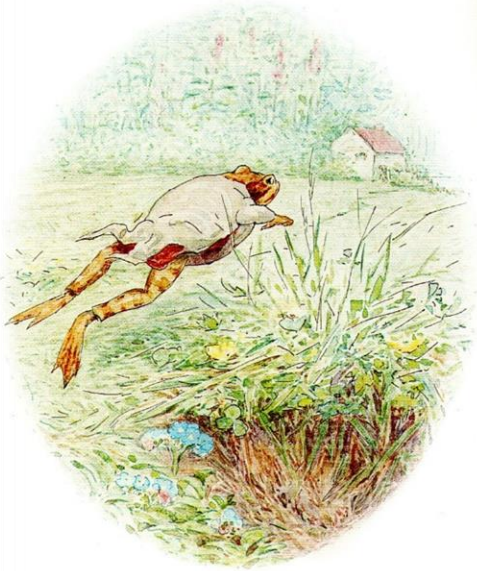
Pero a la trucha le pareció tan horrendo el sabor del impermeable que antes de que pasara medio minuto lo había escupido. Lo único que se tragó fueron los chanclos del señor Jeremías.



El señor Jeremías salió rebotado a la superficie del agua, como si fuera un corcho o las burbujas de una botella de refresco. Nadó con todas sus fuerzas hasta la orilla del estanque.

Salió como pudo en cuanto llegó a un ribazo y se fue brincando a su casa, cruzando el prado, con el impermeable hecho jirones.

—Es una suerte que no fuera un lucio —dijo el señor Jeremías Peces.



»He perdido la caña y la cesta, pero no me importa mucho, pues estoy seguro de que no me atreveré a ir de pesca nunca más.

Se puso unas tiritas en los dedos y sus dos amigos vinieron a cenar.

No pudo ofrecerles pescado, pero tenía otras cosas en la despensa.

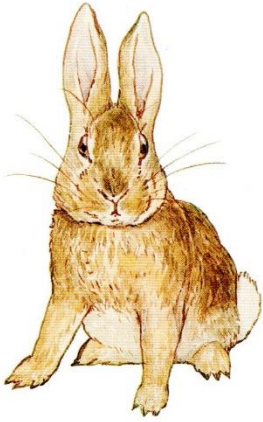
Sir Isaac Newton llevaba su chaleco negro y dorado.

Y el señor regidor Ptolomeo Tortuga trajo una lechuga en una bolsa de rejilla.

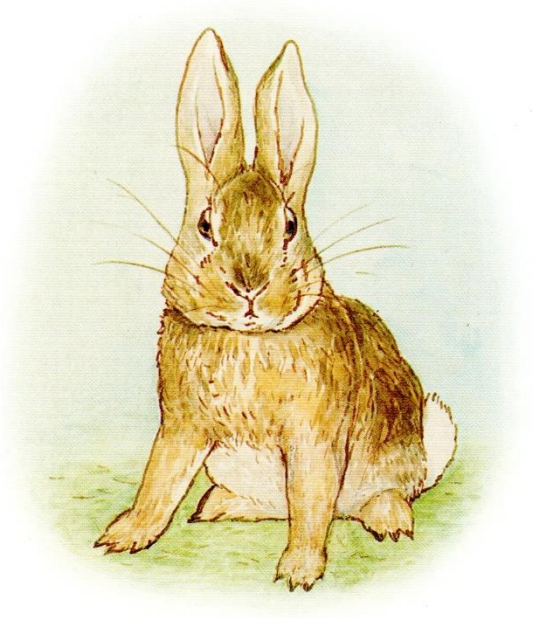
Y en vez de un buen plato de pececitos, tomaron saltamontes asados con salsa de mariquita, algo que a las ranas les parece un festín, pero a mí me parece una cosa repugnante.

FIN

La historia de un
CONEJITO FEROZ



1906

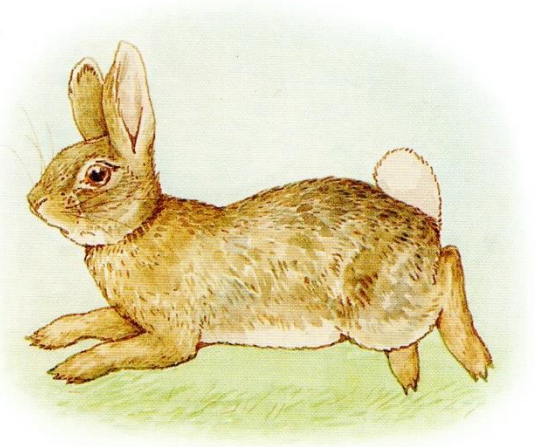


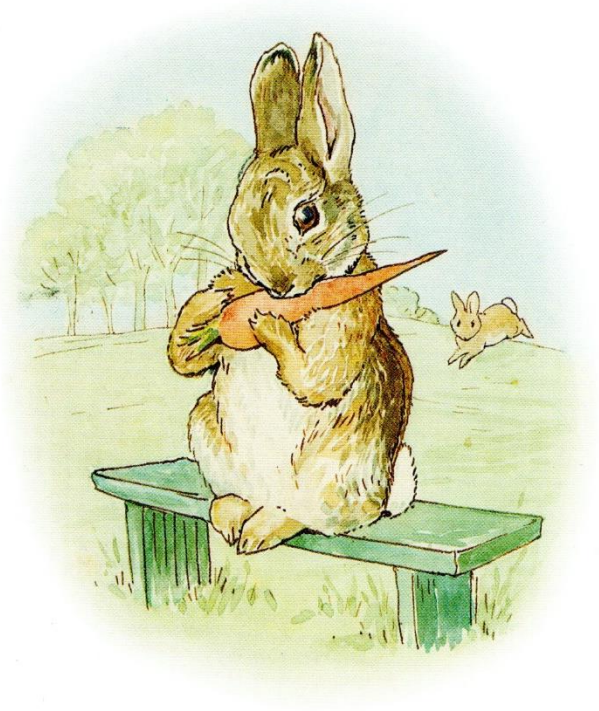
Acerca de este cuento

La historia de la señorita Minina fue el segundo cuento publicado en forma de desplegable (junto con *La historia de un conejito feroz*), a tiempo para la Navidad de 1906. Minina es la hermana del gato Tomás, y el sencillo relato acerca de sus aventuras con un impertinente ratón está dirigida a niños muy pequeños. Beatrix Potter no quería impresionar en exceso a su joven público, y en el boceto de una ilustración escribió: «Debería agarrarle de la cola, es menos desagradable». En cualquier caso, este delicioso relato tiene un final feliz.

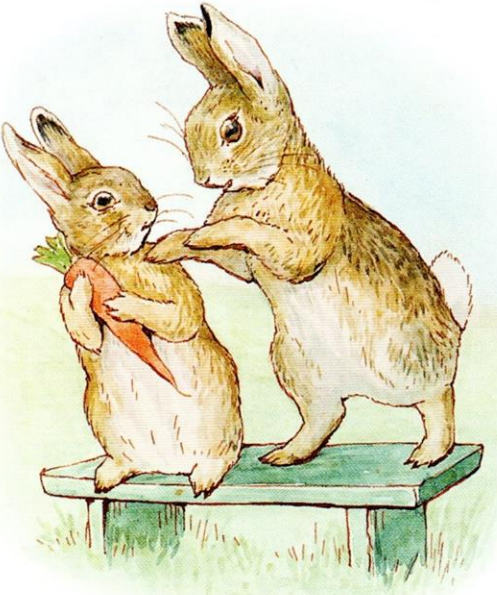
En 1916 salió una nueva edición en formato convencional para complacer a los libreros, y pasó a formar parte de la serie del conejo Perico junto con los otros tres títulos para niños muy pequeños, *La historia de un conejito feroz, Canciones infantiles de Manzanitas Verdes* y *Canciones infantiles de Cecilia Perejil.*

ESTE conejito es malo y feroz. Mira sus fieros bigotes, sus zarpas y su colita respingona.

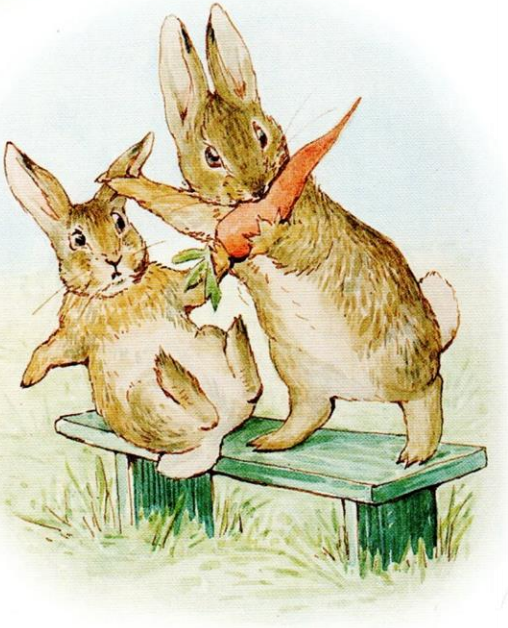




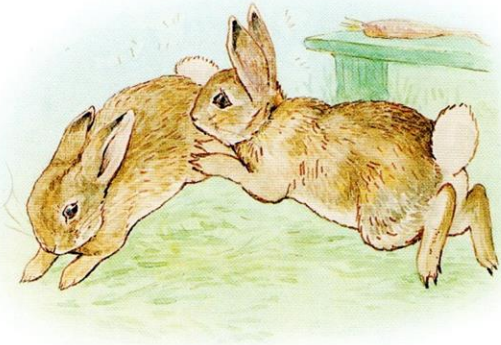
Este conejito es muy bueno. Su madre le ha dado una zanahoria.



El conejo malo quiere comer zanahoria.



¡No se la pide por favor! ¡Se la quita!

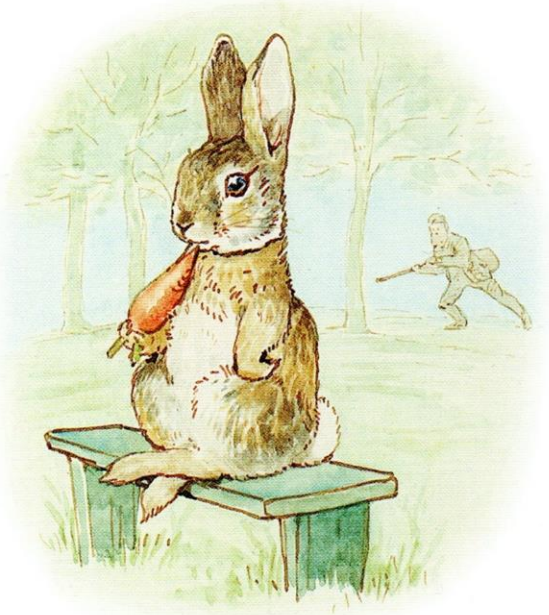


Le ha hecho un arañazo al conejo bueno.

El conejo bueno se marcha abatido y se esconde en un agujero. Se siente triste.

Este es un hombre con una escopeta.

Ve algo sentado en un banco. ¡Le parece que es un pájaro muy raro!



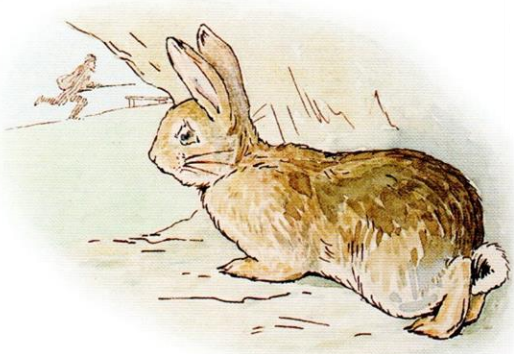
Se acerca sigiloso escondiéndose detrás de los árboles.

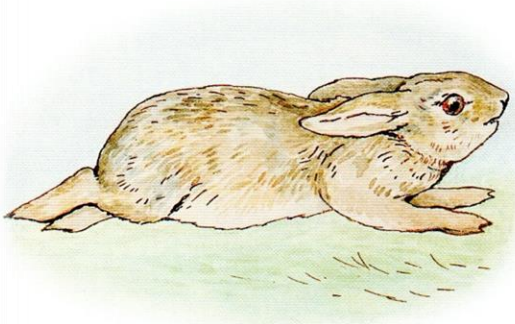
Y luego dispara:
¡BANG!

Y esto es lo que
ocurre.

Pero cuando el señor se acerca corriendo con su escopeta, esto es todo lo que encuentra en el banco.

El conejo bueno está mirando desde su agujero.





Y ve cómo el conejo malo pasa a todo correr… ¡Se ha quedado sin rabo y sin bigotes!

FIN

La historia de

La señorita Minina

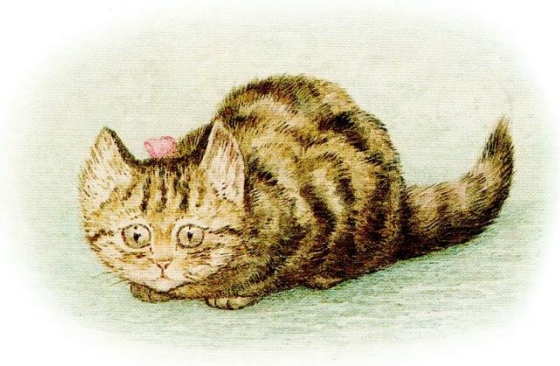
1906

Acerca de este cuento

La historia de un conejito feroz, junto con *La historia de la señorita Minina*, fue publicado por primera vez en forma de cuento desplegable, que se extendía en una larga tira de ilustraciones y textos a partir de una cartera con solapa. Ambos cuentos estaban destinados a niños muy pequeños. *La historia de un conejito feroz* había sido escrita especialmente para la hija menor del editor Harold Warner, Louie, que había dicho a Beatrix que Perico era un conejo demasiado bueno y que quería un cuento sobre un conejo malo de verdad.

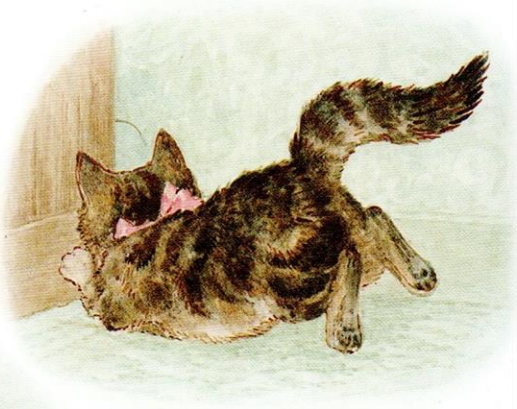
Por desgracia, el formato desplegable no gozaba de mucha aceptación en las librerías. Beatrix escribió más tarde: «Con buen criterio, las librerías se negaban a tenerlos en existencia porque se desarmaban y después era muy difícil doblarlos». En 1916, los dos relatos se reeditaron en forma de libro y aparecieron al final de la serie de cuentos del conejo Perico, junto con las colecciones de canciones infantiles que también estaban destinadas a los muy pequeños.

AQUÍ tenemos a una gatita llamada señorita Minina. ¡Le parece haber oído a un ratón!



Y aquí tenemos al ratón asomándose desde detrás del armario y haciendo morisquetas a la señorita Minina. No le dan miedo los gatos.

Aquí tenemos a la señorita Minina que ha saltado demasiado tarde. No atrapa al ratón pero se hace un chichón en la cabeza.



¡Huy, qué duro está el armario!

El ratón observa a la señorita Minina subido en el armario.

La señorita Minina se envuelve la cabeza en un trapo y se sienta junto al fuego.

El ratón piensa que está muy enferma y baja por el cordón de la campanilla.

Parece que la señorita Minina se está poniendo peor. El ratón se acerca un poco más.

La señorita Minina se sujeta su pobre cabeza con las zarpas y mira al ratón por un agujero del trapo. El ratón se acerca demasiado.

Y entonces, de pronto… ¡Zas! ¡La señorita Minina se abalanza sobre el ratón!

El ratón se ha burlado de la señorita Minina, y ahora la señorita Minina quiere burlarse del ratón. Y eso no está nada bien.

Lo ata dentro del trapo y lo lanza como si fuera una pelota.

¡Anda! Se ha olvidado
del agujero del trapo,
y cuando lo desata
el ratón ¡ha desaparecido!

Se ha escurrido por el agujero y se ha largado a toda prisa. Ahora está bailando un zapateado encima del armario.

FIN

El cuento del
Gato Tomás

1907

Acerca de este cuento

En la época en que Beatrix Potter comenzó a escribir *El cuento del gato Tomás*, llevaba ya un año en posesión de la granja Hill Top, en el pueblo de Sawrey, en el distrito de los Lagos. La expansión de la granja había concluido y Beatrix estaba entusiasmada preparando el jardín casero. No podía abandonar completamente su propiedad para escribir y tanto la casa como el jardín salieron en el cuento. La señora Milagros de Miau conduce a sus hijos por el sendero que lleva a la puerta principal de Hill Top, mientras que en el interior podemos contemplar la escalera y los dormitorios. Los gatitos retozan por entre las flores del jardín y saltan al muro que domina Sawrey, y los patos cruzan el patio de la granja.

Beatrix usó al mismo gatito como modelo para Tomás y la señorita Minina. «Es muy joven y bonito, y un diablillo de temer.» Dedicó el cuento a «todos los diablillos, sobre todo a los que se suben a la valla de mi jardín».

HABÍA una vez tres preciosos gatitos. Se llamaban Felina, Minina y Tomás. Tenían abriguillos de pelusa blanda y esponjosa y se pasaban el día jugando a la puerta de su casa y revolcándose en el polvo del camino.

Un día su madre, doña Milagros de Miau, había invitado a sus amigas a tomar el té. Así es que recogió a sus hijitos y los metió en casa para lavarlos y arreglarlos antes de que llegaran las visitas.

Lo primero que hizo fue lavarles la cara (esta es Felina).

Después les cepilló el pelo (esta es Minina).

A continuación, les peinó la cola y los bigotes (este es Tomás).

Tomás era un gatito muy travieso y, además, arañaba.

Doña Milagros vistió a sus hijitas con delantales blancos y baberos de encaje. Después, revolvió los cajones de la cómoda en busca de ropa para Tomás y escogió la más elegante —e incómoda— que pudo encontrar.

Tomás estaba muy gordo y, además, había pegado un estirón, de manera que cuando su madre le puso la ropa se le saltaron varios botones. Su madre se los volvió a coser.

Cuando los tres gatitos estuvieron listos, su madre, doña Milagros, cometió el error de llevarlos al jardín para que jugaran, mientras ella preparaba las tostadas con mantequilla para la merienda.

—¡Mucho cuidado con ensuciaros la ropa! —les advirtió—. ¡Andad a dos patitas como buenos gatitos!

¡Y no os acerquéis al vertedero ni a la pocilga! ¡Tampoco vayáis a casa de la gallina Sarita Fina ni a la de la oca Carlota!

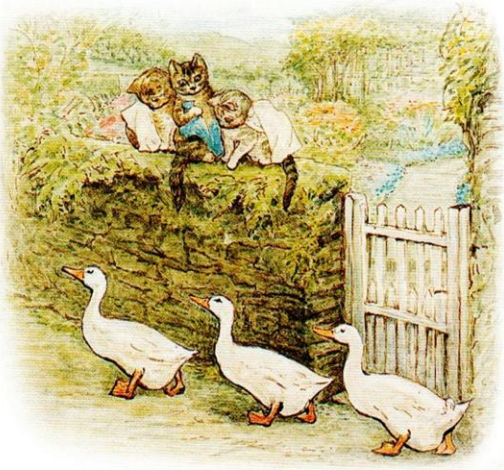
Minina y Felina dieron sus primeros y vacilantes pasos por el jardín... No tardaron mucho en tropezar con los delantales y caer de narices al suelo. Cuando se levantaron, sus delantales estaban cubiertos de manchurrones verdes.

—¡Subamos por la rocalla a la tapia del jardín! —propuso Felina.

Volvieron sus delantales de delante a atrás y, brincando y saltando, subieron por la rocalla. El babero de Felina se cayó al camino que había al otro lado de la tapia.

Tomás apenas podía moverse porque los pantalones que le había puesto su madre le quedaban muy estrechos. Subió por la rocalla con muchas dificultades, abriéndose paso entre los helechos, mientras se le iban cayendo los botones aquí y allá.

Al llegar a la tapia donde estaban sus hermanas llevaba la ropa hecha pedazos. Ellas trataron de arreglarlo un poco… ¡pero le estropearon aún más! Se le cayó el sombrero y los últimos botones que le quedaban en el traje.



En esas estaban cuando oyeron unos pasitos —tip, tap, top, tip— debajo de la tapia donde se encontraban y vieron aparecer por el camino a las tres ocas, marchando una detrás de otra y marcando, ¡cómo no!, el paso de la oca… un, dos, tres ¡hip!, un, dos, tres ¡hop!

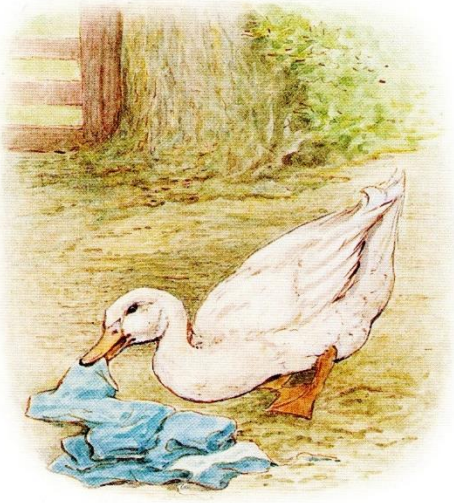
De pronto las ocas se pararon y se quedaron mirando a los gatitos.

Parecían sorprendidas por lo que veían sus pequeños ojos.

Entonces las dos señoras ocas, la oca Rebeca y la oca Carlota, recogieron el sombrero y el babero y se los colocaron en la cabeza.

Tenían un aspecto tan cómico que Felina se echó a reír… ¡tanto se rió que se cayó de la pared! Minina y Tomás bajaron tras ella. Al llegar al suelo se les había caído toda la ropa.

—¡Por favor, señor Gansón! —dijo Felina—. ¡Ayúdenos a vestir a Tomás!



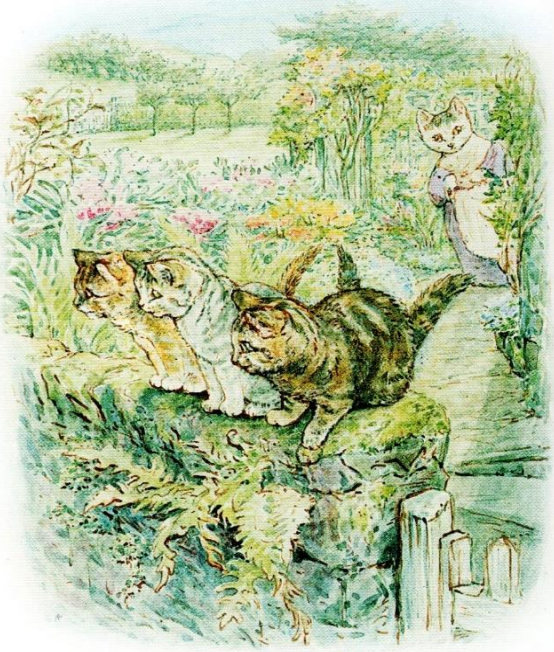
Parecía que el señor Gansón iba a ayudarles porque avanzó hacia donde estaba la ropa de Tomás y la recogió con el pico.

Pero en lugar de vestir a Tomás… ¡se vistió a sí mismo! La ropa le sentaba aún peor que a Tomás.

—¡Hermosa mañana!, ¿no es cierto? —dijo el señor Gansón muy satisfecho.

Y, abriendo la marcha, el señor Gansón, seguido de las señoras Carlota y Rebeca, salió marcando el paso —un, dos, tres ¡hip!, un, dos, tres ¡hop!— camino adelante.

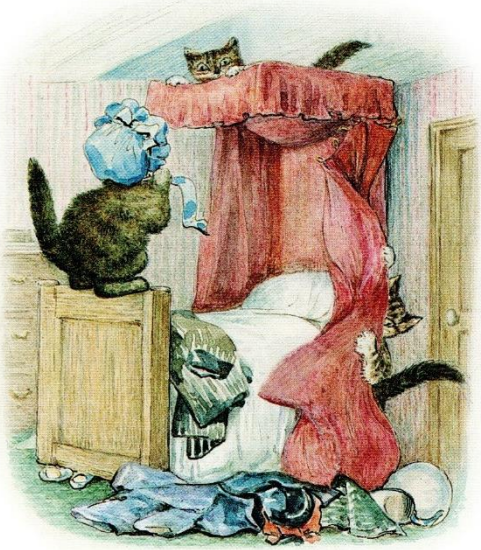
Entonces apareció doña Milagros de Miau y se quedó muy sorprendida al ver a los tres gatitos encaramados a la tapia sin la ropa que les había puesto.



Los bajó de la tapia, les dio unos buenos azotes y se los llevó de nuevo para casa.

—¿Os parece bonito lo que habéis hecho? —les decía—. ¡Mis amigas a punto de llegar y vosotros con este aspecto! ¿No os da vergüenza?

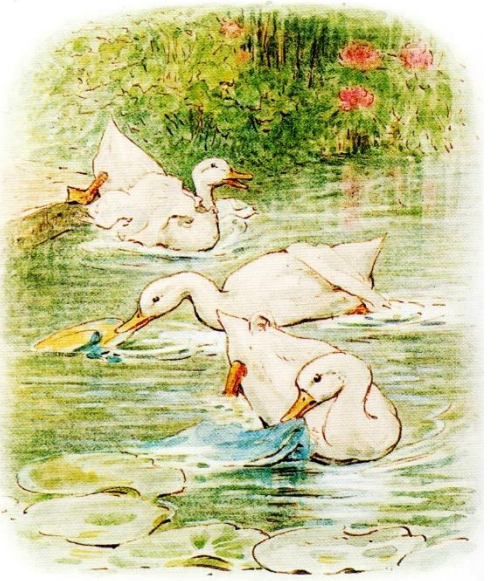
Los mandó para arriba, y cuando llegaron sus amigas les dijo que sus hijos tenían… ¡el sarampión! (¡Menuda trola!)



¡Todo lo contrario! ¡Los gatitos ni siquiera estaban en la cama! ¡Ni muchísimo menos!

Se oyeron extraños ruidos que alteraron la dignidad y la compostura de los invitados a la merienda de la señora Milagros de Miau…

Será mejor que no os cuente lo que ocurrió cuando doña Milagros subió al piso de arriba. Otro día os lo contaré.

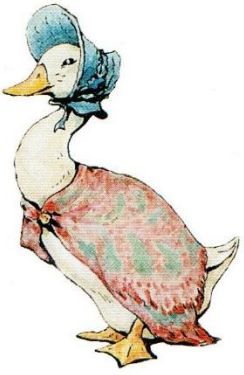


En cuanto a las ocas, se fueron al estanque y allí se les cayó la ropa, porque no llevaban botones.

En vano buscaron las prendas las ocas Rebeca y Carlota y el señor Gansón. ¡Aún andan buscándolas!

FIN

El cuento de la
oca Carlota



1908

Acerca de este cuento

El amor de Beatrix Potter por Hill Top y los trabajos de la granja se aprecia claramente en este cuento. Retrató a la esposa de su granjero, la señora Cannon, dando de comer a las gallinas, mientras que sus hijos Ralph y Betsy (a los que dedicó este «cuento granjero») están dibujados también. Kim, el collie, era el perro pastor favorito de Beatrix, y la propia Carlota era un pato de verdad que vivía en Hill Top. Es un personaje muy popular, engreída, ingenua, pero adorable.

El cuento contiene también muchas vistas deliciosas de Sawrey: el bosque de Carlota se puede aún contemplar, la vista de las colinas sobre la granja, al otro lado de Esthwaite Water, sigue tal cual y el *pub* del pueblo sigue siendo el Tower Bank Arms. Esta mezcla de fantasía y realidad que tan a menudo encontramos en los libros de Beatrix Potter, da visos de realidad a su mundo imaginario.

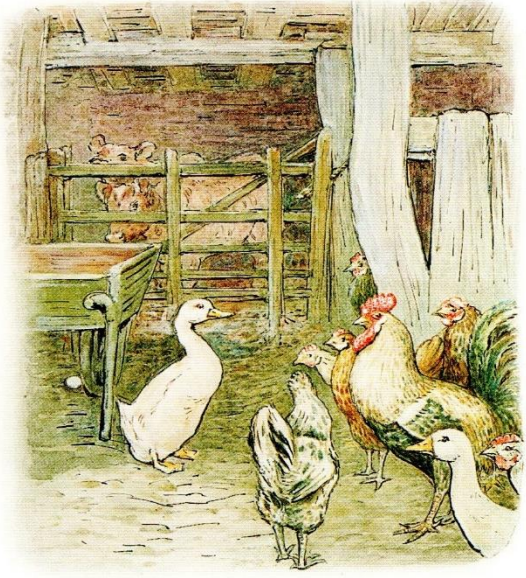
HABÉIS visto alguna vez a una gallina clueca cuidar de una nidada de patitos? ¿No os parece la cosa más graciosa?

Pues escuchad la historia de la oca Carlota, que se enfadó porque la mujer del granjero no le dejaba incubar sus propios huevos.

En cambio, a su cuñada, la oca Rebeca, no le importaba que fuera otra la que los empollara:

—¡Pero hija! —le decía a Carlota—, ¡si eso de empollar los huevos es una pesadez! ¡Veintiocho días sentada sobre los huevos sin moverte del nido! ¡Yo no tengo paciencia ni tú tampoco! ¡Tú dejarías que se enfriaran! ¡Lo sé muy bien!

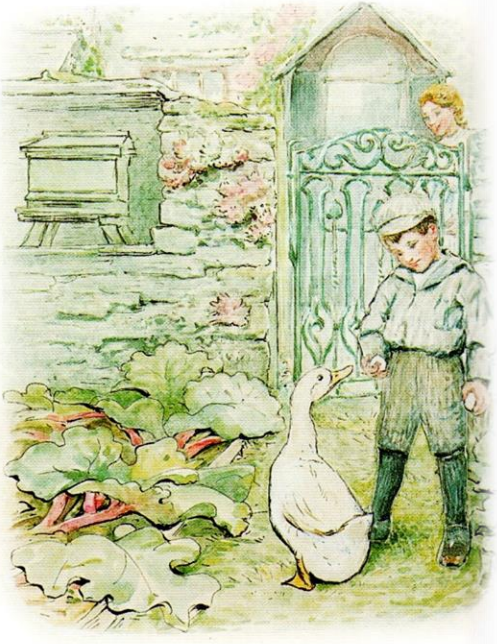
—¡Quiero empollar mis huevos! ¡Quiero empollar mis huevos! —graznaba tozuda la oca Carlota.

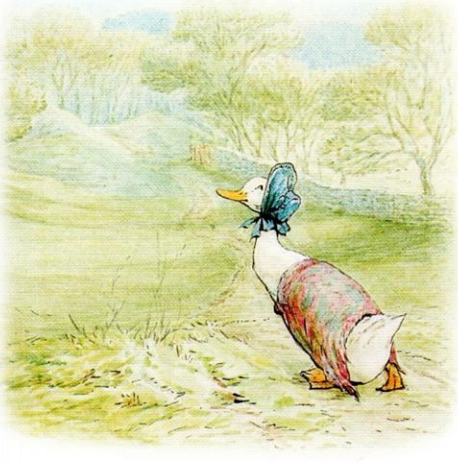


Buscó un escondrijo en la granja para esconder sus huevos, pero siempre se los encontraban y se los quitaban.

La oca Carlota estaba desesperada. Decidió buscar un lugar para hacer su nido lejos de la granja.

Una buena tarde de primavera salió de la granja por el camino que conduce a la colina.

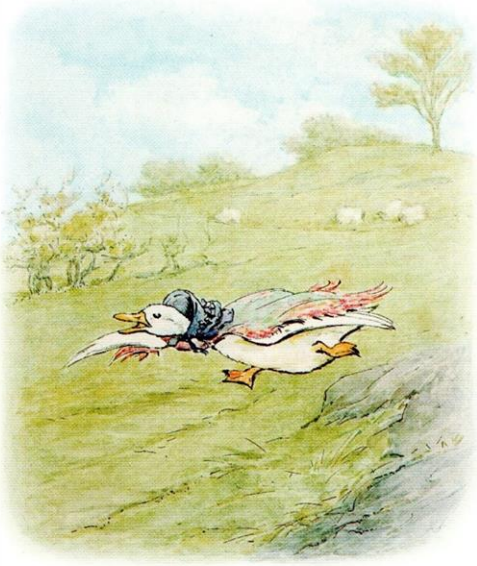




Iba envuelta en su mantón y llevaba una preciosa capota en la cabeza.

Cuando llegó a lo alto de la colina vio un bosque a lo lejos.

Parecía un lugar tranquilo y seguro.



Cuando cogía carrerilla, la oca Carlota remontaba muy bien el vuelo.

La oca Carlota no estaba muy acostumbrada a volar. Tomó carrerilla corriendo cuesta abajo, agitó las alas y el mantón, y se lanzó al espacio.

Voló sobre las copas de los árboles, hasta que encontró un lugar en el bosque donde habían cortado los árboles y la maleza para formar un claro.

Carlota se dejó caer en aquel lugar y, una vez hubo tomado tierra, comenzó a caminar por los alrededores, buscando un lugar seco y seguro para anidar. Se fijó en la cepa de un árbol que aparecía rodeada de dedaleras.

Ya se dirigía hacia aquel lugar cuando advirtió que, sentado sobre la cepa del árbol, había un elegante caballero leyendo el periódico. Tenía las orejas negras y puntiagudas y unos hermosos bigotes color crema.

—¿Cuac? —preguntó la oca Carlota, ladeando ligeramente la cabeza con la capota.

Preguntó de nuevo:

—¿Cuac?

El caballero levantó la vista del periódico y miró a Carlota con curiosidad.

—Señora —le dijo muy cortésmente—, ¿ha perdido usted el camino por casualidad?

Tenía una larga y lustrosa cola sobre la que se sentó, ya que la cepa del árbol estaba húmeda.

A Carlota le pareció el caballero más educado y apuesto que había visto en su vida. Le explicó que no se había perdido, pero que buscaba un lugar seco y seguro donde incubar sus huevos.

—¿De veras? —dijo el caballero de los grandes bigotes color crema, mirando fijamente a Carlota.

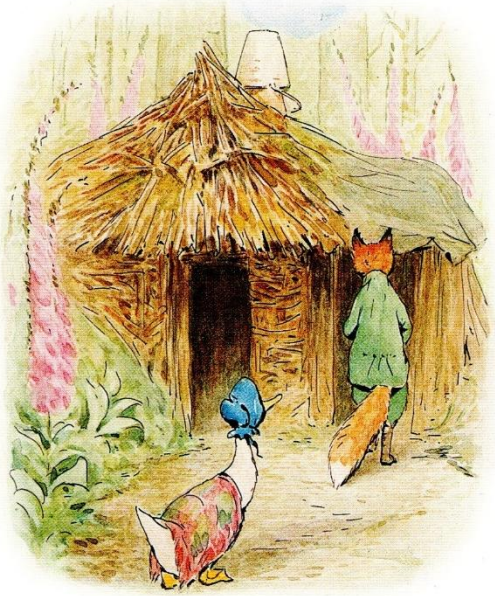
Dobló el periódico que estaba leyendo y se lo guardó en el bolsillo trasero del pantalón.

Carlota se quejó de la gallina que empollaba sus huevos.

—¿Es cierto eso? ¡Me gustaría tener unas palabras con esa dama! ¡Le enseñaría a no meter las narices donde no la llaman!

»Pero en cuanto al nido… ¡eso tiene fácil arreglo! En mi cabaña tengo un saco lleno de plumas… No, mi querida señora, no va usted a estorbar en absoluto. ¡Faltaría más! Puede usted quedarse allí el tiempo que quiera —dijo el caballero de la cola larga y lustrosa.

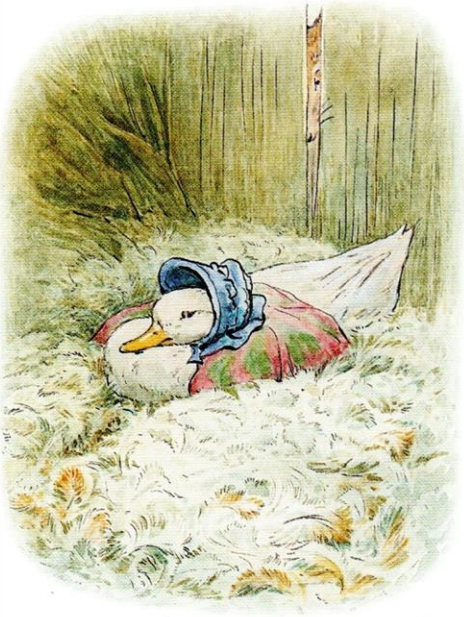
La llevó a una cabaña muy retirada que había en un prado de dedaleras. Tenía un aspecto algo destartalado. Estaba hecha de



cañas y barro y había colocado en el tejado un par de cubos rotos, uno sobre el otro, a modo de chimenea.

—¡Está usted en su casa! —dijo el caballero—. Esta es mi casa de verano, más cómoda que mi madrigue… digo, que mi casa de invierno.

Al lado de la cabaña había un cobertizo hecho con cajas de madera. El caballero abrió la puerta a la oca Carlota y la hizo pasar.



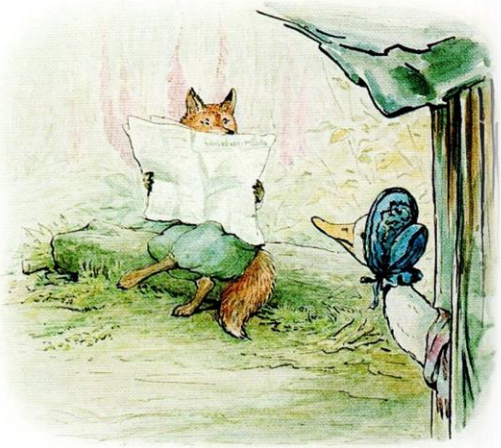
El cobertizo estaba tan lleno de plumas que apenas se podía respirar. Pero Carlota se encontraba muy a gusto en aquel lecho suave y caliente.

Al principio le extrañó ver tantas plumas y se preguntó de dónde habrían salido... Pero de pronto se habituó a aquel lugar y no le costó ningún trabajo hacerse un nido cómodo y confortable.

Cuando al fin salió del cobertizo vio al caballero de los bigotes color crema sentado en un tronco leyendo el periódico... ¡bueno, haciendo ver que leía mientras la miraba de reojo!

Era un caballero tan educado que le sabía mal despedirse de Carlota aquella noche. Le prometió que le cuidaría el nido hasta que ella regresara al día siguiente.

Le dijo también que le gustaban mucho los huevos... ¡y más aún los patitos que nacían de ellos! Acabó diciendo que era para él un honor criar a tan distinguida prole en su humilde cabaña.



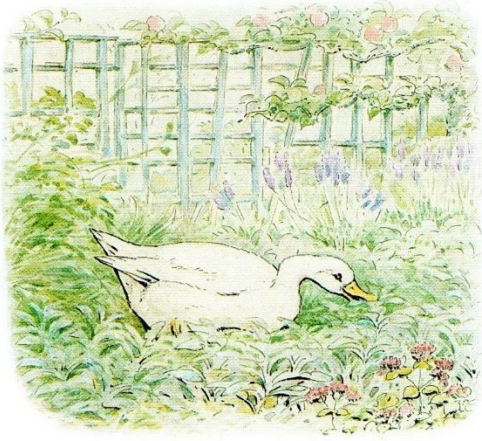
La oca Carlota visitaba cada tarde la cabaña del caballero. Al fin, puso nueve huevos en el nido. Eran de tamaño grande y de una tonalidad verdosa. El caballero no dejaba de mirarlos y de contarlos una y otra vez cuando no estaba la oca Carlota.

Por fin, Carlota le dijo que, al día siguiente, comenzaría a incubarlos.

—Traeré una bolsa llena de maíz para alimentarme, porque no pienso

abandonar el nido mientras dure el período de incubación... ¡no sea que se me enfríen! —añadió.

—¡Por favor, señora! ¡Está usted en mi casa! Yo mismo le traeré un saco de avena para que no le falte comida... Pero antes de comenzar la larga empolladura, quisiera obsequiarla con un regalo especial... ¡Le propongo que cenemos juntos esta noche! ¿Qué le parece una apetitosa tortilla? ¿Le importaría traer unas hierbas de la granja para sazonarla? Salvia y tomillo, una pizca de menta, un par de cebollas y una ramita de perejil... Yo mismo me encargo de traer la manteca para el relle... digo, para la tortilla —se corrigió el caballero de los bigotes color crema.



La oca Carlota era el ser más inocente del mundo. Ni siquiera cuando el caballero le pidió salvia y cebollas cayó en la cuenta de que había algo raro en aquel asunto.

Fue al jardín de la granja y con el pico comenzó a recoger todas las hierbas que se necesitan para el relleno del... ¡pato al horno!

La oca Carlota entró contoneándose en la cocina y cogió un par de cebollas de la cesta de verduras.

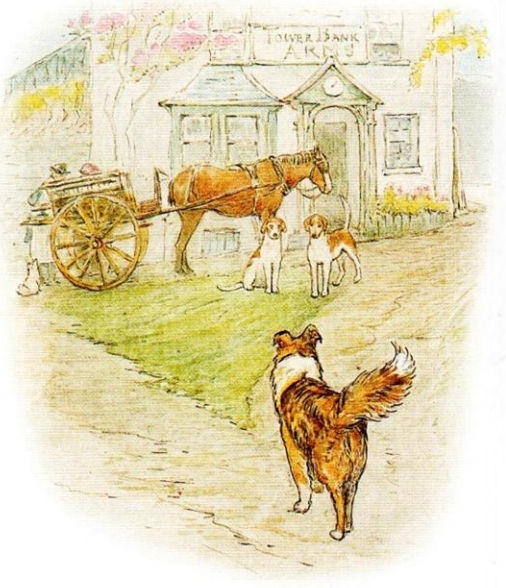
Al salir, se encontró con Kim, un precioso collie que había en la granja.

—¿Qué es lo que haces con esas cebollas, si puede saberse?, ¿y adónde vas tú sola todas las tardes?

A Carlota le intimidaba un poco aquel perrazo, así es que decidió contarle todo lo que le pasaba.

Kim la escuchó atentamente, ladeando ligeramente la cabeza. Cuando Carlota le describió al caballero de los bigotes color crema, el collie se sonrió.

Después le hizo varias preguntas a Carlota sobre el bosque y el lugar exacto donde se encontraban la cabaña y el cobertizo.



Entonces Kim se marchó al pueblo en busca de dos cachorros de sabueso que estaban al cuidado del carnicero.

Mientras tanto, la oca Carlota subía por última vez el sendero de la colina en una tarde soleada. En esta ocasión iba cargada con una bolsa llena de hierbas y cebollas.

Al llegar a la cima echó a volar y no paró hasta aterrizar junto a la cabaña del caballero de larga y lustrosa cola.

El caballero parecía inquieto. Estaba sentado en un tronco, pero no hacía más que ventear el aire y mirar a su alrededor.

Cuando Carlota se dejó caer junto a él, el caballero dio un respingo.

—¡Ven a casa ahora mismo! Bueno, echa primero un vistazo a los huevos. ¡Y dame enseguida las cebollas y las hierbas para la tortilla! ¡Deprisa!

A Carlota le chocó el tono cortante de la voz del caballero. Nunca le había oído hablar de aquel modo.

Se sintió molesta e incómoda.

Mientras Carlota estaba dentro del cobertizo oyó pasos por la parte de atrás. Vio un hocico negro asomando por debajo de la puerta y después la puerta se cerró de golpe.

Carlota estaba cada vez más asustada.

A continuación, oyó un verdadero estruendo de gruñidos y de ladridos, de chillidos y de aullidos, de bramidos y rugidos…

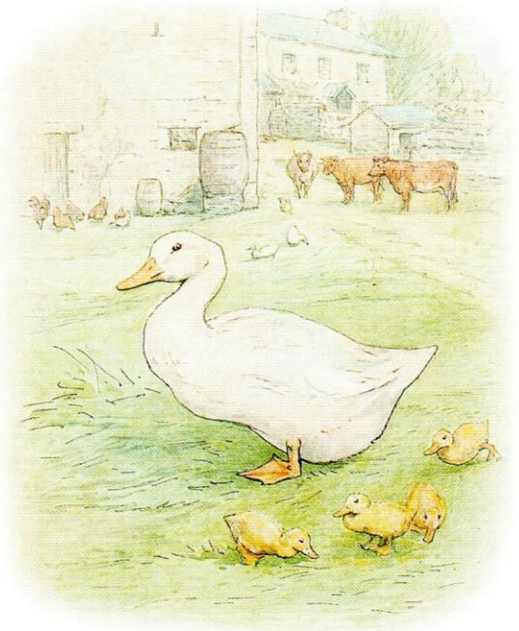
Por fin, Kim abrió la puerta del cobertizo para dejar salir a la oca Carlota.

Pero, al tiempo que ella salía, entraron los dos sabuesos y… ¡se comieron los huevos en un santiamén!

¡Y nunca más se supo del caballero de los bigotes color crema y la mirada algo… zorruna!

Después de la pelea, Kim tenía un mordisco en la oreja y los dos cachorros cojeaban.

Carlota, una vez más, había perdido sus huevos y lloraba desconsolada de vuelta a la granja.



Volvió a poner en el mes de junio y, en esa ocasión, le dejaron que ella misma los incubara… ¡pero solo cuatro patitos salieron del cascarón!

Ella decía que era por culpa de los nervios, pero la verdad es que nunca fue lo que se dice una buena incubadora.

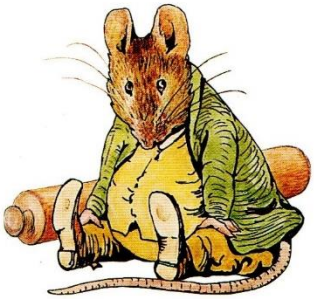
FIN

El cuento de

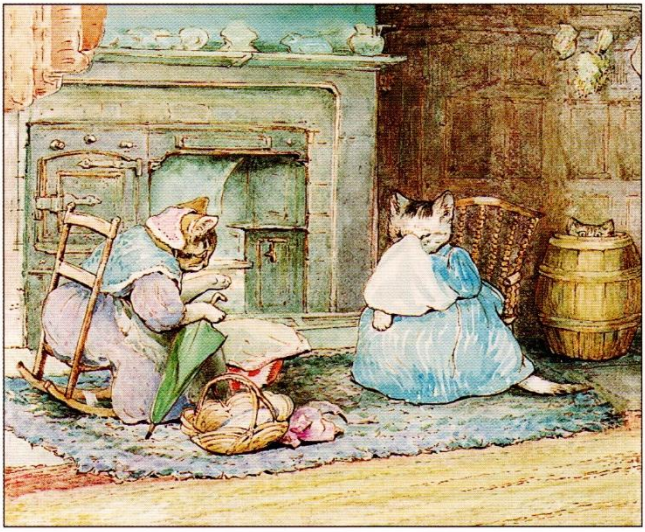
Samuel Bigotes

o

El brazo de gitano



1908



Acerca de este cuento

Este cuento se publicó por primera vez, en 1908, con el título de *El brazo de gitano*, y se editó en el formato más grande que se utilizó para *La empanada y el molde*. En 1926 se redujo a las dimensiones habituales y se le puso el título por el que hoy lo conocemos.

El cuento se escribió realmente en 1906, en la época en que Beatrix iba descubriendo Hill Top, la granja que había comprado poco antes. Describió la casa en una carta a un amigo: «Es realmente preciosa… ¡si se pudiera echar a las ratas! […] No había visto nunca un sitio tan bueno para jugar al escondite y tan lleno de armarios y despensas». En estas líneas estaba su inspiración para las demás aventuras del gato Tomás: una vieja casa de labranza y su rata doméstica, a la que está dedicado el cuento: «En recuerdo de Sammy, inteligente representante de ojos rosados de una raza perseguida pero indomable. Un amiguito cariñoso y un consumado ladrón».

ÉRASE una vez una vieja gata que se llamaba Milagros de Miau. Doña Milagros era una madre llena de problemas. Perdía a sus gatitos constantemente, y cada vez que alguno se perdía era porque estaba haciendo travesuras.

Un día que tenía que hacer el pan decidió encerrarlos en un armario.

Atrapó a Minina y a Felina, pero no pudo encontrar a Tomás.

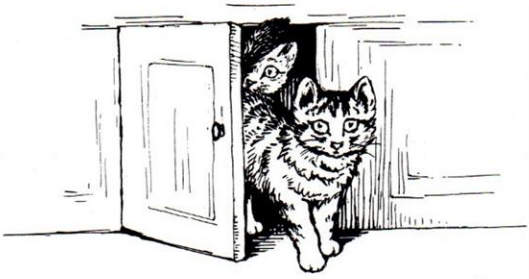
Doña Milagros recorrió toda la casa, maullando y llamando a Tomás. Buscó en la despensa que había debajo de la escalera, y registró el mejor cuarto de invitados, donde todos los muebles llevaban fundas para el polvo. Subió las escaleras y buscó en los altillos, pero no pudo encontrarlo en ninguna parte.

Era una casa vieja, revieja, llena de armarios y pasadizos. Algunas paredes tenían más de un metro de grueso y dentro de ellas se oían a veces extraños ruidos, como si hubiera una escalerita secreta. Es cierto que en el zócalo había unas curiosas puertecitas mal cortadas, y por la noche desaparecían cosas, sobre todo queso y tocino.

Doña Milagros estaba cada vez más inquieta, y daba unos maullidos terribles.

Mientras su madre registraba la casa, Minina y Felina empezaron a hacer diabluras.

La puerta del armario no estaba cerrada con llave, así que la empujaron y salieron.

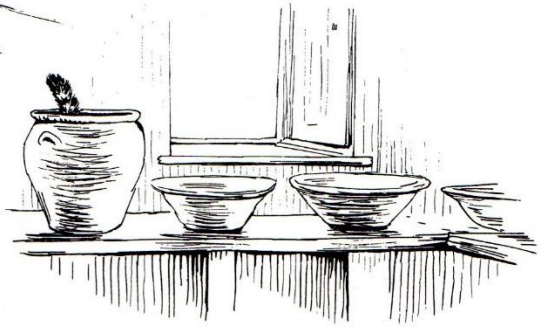


Se fueron derechas a la masa que doña Milagros había dejado en un barreño junto al fuego para que subiera.

La tocaron con sus suaves patitas.

—¿Hacemos bollitos? —dijo Felina a Minina.

Pero en ese instante alguien llamó a la puerta principal y Minina saltó asustada al barril de la harina.



Felina corrió a la despensa y se escondió en una orza vacía en la repisa de piedra donde se guardaban los cuencos de leche.

La visita era una vecina, la señora Feliciana. Venía a pedir prestada un poco de levadura.

Doña Milagros bajó dando grandes maullidos:

—Adelante, prima Feliciana, entra y siéntate. Tengo un grave problema, prima Feliciana —dijo Milagros deshaciéndose en lágrimas—. Se me ha perdido mi querido hijo Tomás. Temo que las ratas se lo hayan llevado —se limpió las lágrimas con el delantal.

—Es un gatito malo, prima Milagros. La última vez que vine a tomar el té estuvo columpiándose con mi mejor sombrero. ¿Dónde lo has buscado?

—¡Por toda la casa! Las ratas pueden conmigo. ¡Qué desgracia es tener una familia tan revoltosa! —dijo doña Milagros de Miau.

—A mí no me dan miedo las ratas. Te ayudaré a buscarlo, ¡y a darle una buena azotaina! ¿De dónde ha salido todo ese hollín que hay en el guardafuegos?

—La chimenea necesita una limpieza. ¡Ay por Dios, prima Feliciana, ahora tampoco están Minina y Felina! ¡Se han escapado del armario!

Feliciana y Milagros pusieron manos a la obra y registraron a fondo la casa otra vez. Metieron el paraguas de Feliciana debajo de las camas y hurgaron en los armarios. Hasta encendieron una vela y buscaron dentro de un baúl de ropa en un altillo. No encontraron nada, pero una vez oyeron un portazo y a alguien corriendo por el piso de abajo.

—Sí, hay ratas por todas partes —dijo Milagros con lágrimas en los ojos—. Cacé siete crías en un agujero de la cocina de atrás y las hice para cenar el sábado pasado. Y una vez vi al padre, una rata vieja y enorme, prima Feliciana. Iba a saltar sobre él cuando me enseñó sus dientes amarillos y se metió corriendo en el agujero.

»Las ratas me crispan los nervios, prima Feliciana —dijo Milagros.

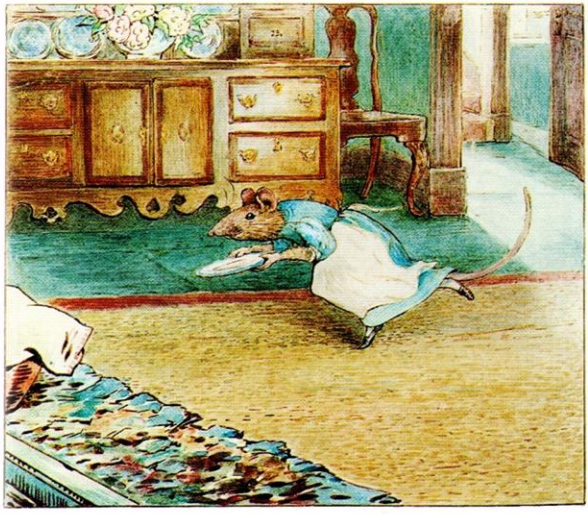
Feliciana y Milagros buscaron y buscaron. Las dos oyeron un extraño ruido, como de algo rodando, bajo el suelo del altillo. Pero no se veía nada.

Volvieron a la cocina.

—Bueno, por lo menos aquí tienes a uno de tus gatitos —dijo Feliciana, sacando a Minina del barril de harina.

La sacudieron para quitarle la harina y la pusieron en el suelo de la cocina. Parecía estar terriblemente asustada.

—¡Oh! ¡Madre, madre! —dijo Minina—. Ha entrado una rata vieja en la cocina y ha robado un poco de masa.



Las dos gatas corrieron a mirar la artesa de la masa. En efecto, había más marcas de deditos, ¡y además faltaba un poco de masa!

—¿Por dónde se ha ido, Minina?

Pero Minina estaba demasiado asustada y se había vuelto a meter en el barril.

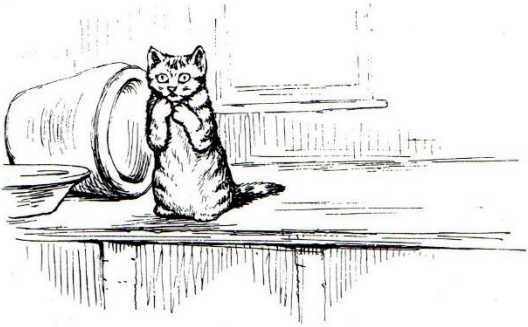
Feliciana y Milagros se la llevaron con ellas para tenerla a la vista mientras seguían buscando.

Entraron en la despensa.

Lo primero que encontraron fue a Felina, escondida en una orza vacía.

Dieron la vuelta a la jarra y Felina salió.

—¡Oh, madre, madre! —dijo Felina—. ¡Oh, madre, madre! Ha entrado un señor rata viejo en la despensa, una rata enorme y terrible, madre, y ha robado un trozo de mantequilla y el rodillo de amasar.

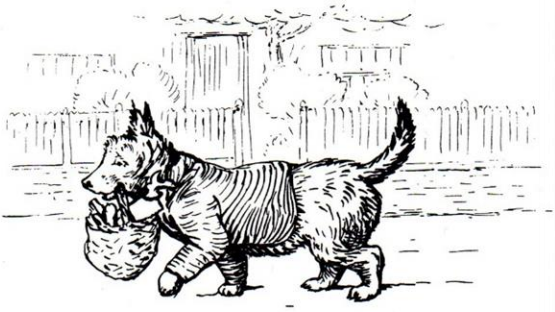


Feliciana y Milagros se miraron.

—¡Un rodillo y mantequilla! ¡Oh, pobre Tomás, hijo mío! —exclamó Milagros, retorciéndose las patas.

—¿Un rodillo? —dijo Feliciana—. ¿No hemos oído un ruido de algo que rodaba en el altillo cuando buscábamos en el baúl?

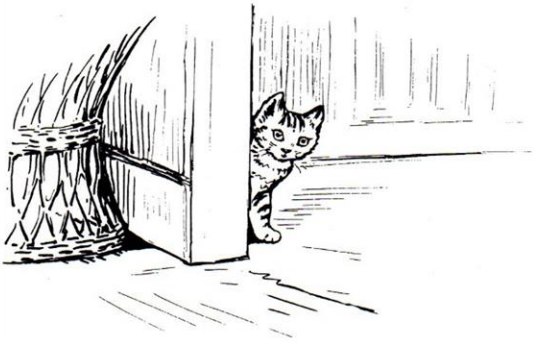
Feliciana y Milagros volvieron a subir a toda prisa. El ruido de algo que rodaba seguía oyéndose claramente bajo el suelo del altillo.



—Esto es grave, prima Milagros —dijo Feliciana—. Debemos mandar a buscar a Juan Carpintero ahora mismo, que traiga una sierra.

* * * * *

Y esto es lo que le había ocurrido al gato Tomás, y demuestra lo imprudente que es subir por la chimenea de una casa muy vieja, sin conocer el camino cuando rondan por ahí ratas enormes.



El gato Tomás no quería que lo encerraran en un armario. Cuando vio que su madre iba a hacer el pan, decidió esconderse.

Miró a su alrededor en busca de un lugar agradable y cómodo y se decidió por la chimenea.

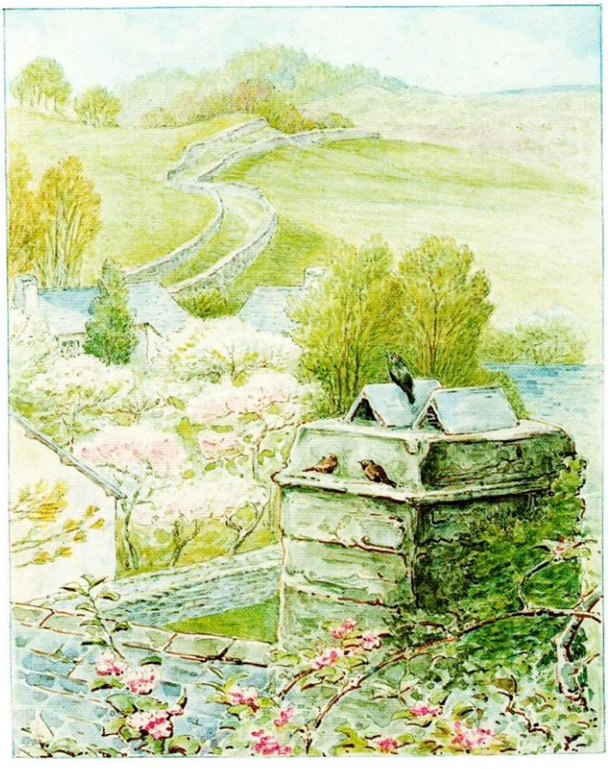
El fuego acababa de encenderse y no estaba muy caliente, pero las ramas verdes daban un humo blanco y molesto. Tomás se subió en el guardafuegos y miró hacia arriba. Era una chimenea antigua y grande.

El hogar era tan ancho que un hombre podía ponerse de pie y andar dentro. Desde luego, había espacio de sobra para un gatito.

Tomás saltó dentro del hogar, columpiándose en la barra de hierro donde se cuelga la olla del agua.

Tomás dio otro gran salto desde la barra y fue a parar a un saliente que había más arriba, en el tiro de la chimenea, haciendo caer un poco de hollín sobre el guardafuegos.

Tomás tosió y se atragantó con el humo. Podía oír cómo las ramas comenzaban a crepitar al quemarse, más abajo. Decidió subir hasta arriba del todo y salir al tejado de pizarra a cazar gorriones.

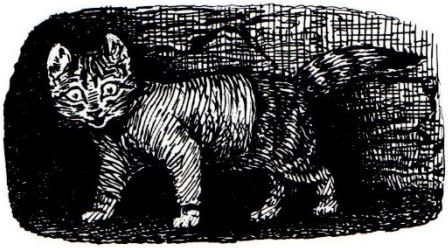


—No puedo volver. Si me resbalo podría caer dentro del fuego y chamuscarme mi bonita cola y mi chaquetita azul.

La chimenea era muy grande y antigua. La habían construido en los tiempos en que la gente quemaba grandes leños.

La chimenea sobresalía del tejado como una torrecita de piedra, y la luz del día se colaba desde arriba, entre las pizarras inclinadas que impedían que entrase la lluvia.

¡El gato Tomás estaba cada vez más asustado! Subió y subió y subió.



Luego siguió avanzando de lado, abriéndose camino entre el hollín. Era como un pequeño deshollinador.

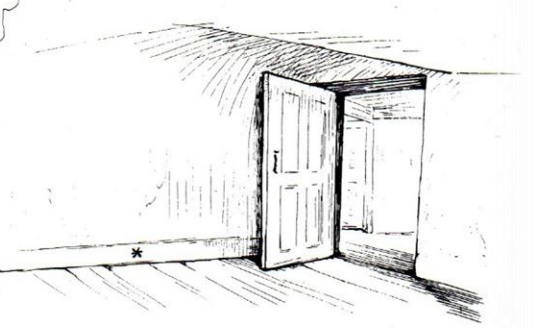
La oscuridad le desconcertaba mucho. Parecía que el tiro no se iba a terminar nunca.

Había menos humo, pero el gato Tomás se sintió totalmente perdido.

Subió y subió. Pero antes de llegar al final de la chimenea encontró un lugar donde alguien había arrancado una piedra de la pared. Allí había unos huesos de cordero.

—¡Qué cosa más rara! —dijo el gato Tomás—. ¿Quién habrá estado royendo huesos aquí arriba en la chimenea? ¡Ojalá no hubiera venido! ¡Y qué olor tan raro! Se parece un poco al de ratón, pero es mucho más fuerte. Me hace estornudar —dijo el gato Tomás.

Se metió por el agujero de la pared y avanzó a rastras por un pasadizo de lo más estrecho e incómodo en el que apenas había luz.



Anduvo a tientas con cuidado durante unos metros. Estaba detrás del rodapié del altillo. Si miras la ilustración verás el lugar marcado con esta señal: *

De pronto cayó rodando en la oscuridad, por un agujero, y terminó en un montón de trapos sucísimos.

Cuando el gato Tomás se levantó y miró a su alrededor, se encontró en un lugar que no conocía, aunque llevaba toda la vida viviendo en aquella casa.

Era una habitación muy pequeña, con el aire viciado y olor a cerrado, con tablas, vigas, telarañas, listones y yeso.

Frente a él —lo más lejos que podía— estaba sentada una enorme rata.

—¿Cómo te atreves a dejarte caer en mi cama todo lleno de chafarrinones? —dijo la rata rechinando los dientes.

—Señor, por favor, es que la chimenea necesita una limpieza —dijo el pobre Tomás.

—¡Ana María! ¡Ana María! —chilló la rata. Se oyeron unos pasitos y una anciana rata asomó la cabeza desde detrás de una viga.

En un instante se abalanzó sobre Tomás y antes de que se diera cuenta de nada…

Le quitó la chaqueta, le hizo un ovillo y lo ató con una cuerda y nudos muy apretados.

Ana María ató los nudos. El viejo señor rata la miraba tomando rapé. Cuando ella terminó, los dos se sentaron a contemplarlo con la boca abierta.

—Ana María —dijo el viejo señor rata, que se llamaba Samuel Bigotes—. Ana María, hazme un brazo de gitano de gato bien hermoso para cenar.

—Hace falta masa y un poco de mantequilla, y también un rodillo —dijo Ana María, mirando a Tomás y ladeando la cabeza.

—No, Ana María —dijo Samuel Bigotes—. Hazlo como Dios manda, con pan rallado.

—¡No digas tonterías! Con mantequilla y masa —respondió Ana María.

Las dos ratas deliberaron durante unos minutos y después se fueron.

Samuel Bigotes salió por un agujero en el revestimiento de madera y bajó decidido por la escalera principal hasta la despensa para coger la mantequilla. No se tropezó con nadie.

Hizo un segundo viaje para buscar el rodillo. Lo llevó rodando delante de él, empujando con las patas, como un cervecero haciendo rodar un barril.

Oyó hablar a Feliciana y Milagros, pero estaban muy atareadas encendiendo la vela para buscar en el baúl. No lo vieron.

Ana María bajó a la cocina, desde el rodapié, deslizándose por el postigo de una ventana, para robar la masa.

Agarró un platillo y recogió la masa con sus patas.

No observó a Minina.

Mientras, el gato Tomás, solo en el altillo, forcejeaba y quería maullar pidiendo ayuda.

Pero tenía la boca llena de hollín y telarañas y estaba atado con nudos tan apretados que no consiguió que nadie le oyera.

Solo una araña, que salió de una grieta del techo y examinó los nudos muy seria, lo miraba desde una distancia prudencial.

Entendía mucho de nudos porque tenía la costumbre de atar a las desdichadas moscardas. No se ofreció a ayudarlo.

El gato Tomás forcejeó y se retorció hasta quedar agotado.

Las ratas pronto estuvieron de vuelta y se pusieron a trabajar para convertirlo en el relleno de la masa. Primero lo untaron con mantequilla y después lo enrollaron en la masa.

—¿No será muy indigesta la cuerda, Ana María? —preguntó Samuel Bigotes.

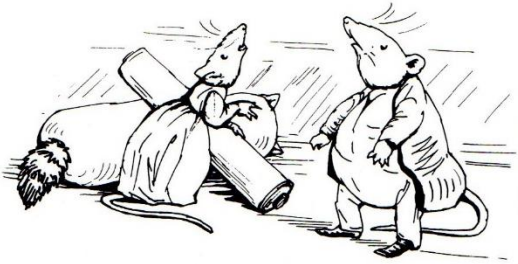
Ana María dijo que no creía que eso fuera importante, pero que le gustaría que Tomás dejase quieta la cabeza porque estropeaba la forma del pastel. Le agarró de las orejas.

Tomás mordió, escupió, maulló y forcejeó, y el rodillo de amasar empezó a ir y venir, a ir y venir. Cada rata sujetaba de un extremo.

—¡Se le sale el rabo! No has cogido bastante masa, Ana María.

—He cogido toda la que podía traer —respondió Ana María.

—No creo —dijo Samuel Bigotes, haciendo una pausa para echar un vistazo al gato Tomás—. No creo que salga un buen pastel. Huele a hollín.



Ana María iba a contestarle cuando de pronto empezaron a oírse otros ruidos en el techo: el áspero sonido de una sierra y un perrito, arañando y aullando.

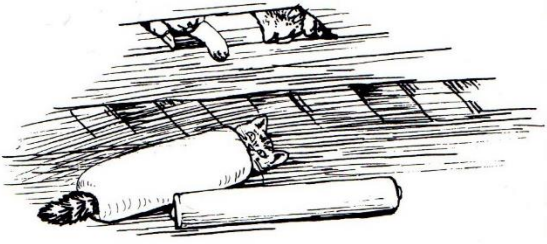
Las ratas dejaron caer el rodillo y escucharon con atención.

—Nos han descubierto e interrumpido, Ana María. Vamos a recoger nuestras cosas, y las que no son nuestras, y a marcharnos ahora mismo.

—Me temo que nos veremos obligados a dejar aquí este pastel.

—Pero estoy convencido de que los nudos habrían sido indigestos, aunque tú digas lo contrario.

—Ven enseguida a ayudarme a envolver unos huesos de cordero en el cobertor —dijo Ana María—. Tengo medio jamón ahumado escondido en la chimenea.



Así que cuando Juan Carpintero consiguió levantar el tablón del suelo, debajo solo quedaban el rodillo... ¡y el gato Tomás envuelto en una masa muy sucia!

Pero había un fuerte olor a ratas, y Juan Carpintero se pasó el resto de la mañana olfateando, aullando, meneando la cola y dando vueltas y más vueltas con la cabeza metida dentro del agujero como si fuera una barrena.

Luego volvió a clavar la tabla, guardó las herramientas en su bolsa y bajó al piso de abajo.

La familia de los gatos se había recuperado. Lo invitaron a cenar.

A Tomás le habían quitado la masa de encima y habían hecho con ella un pudin, con pasas para disimular las manchas de tizne.

Habían tenido que meter a Tomás en un baño caliente para quitarle la mantequilla.

Juan Carpintero olió el pudin, pero dijo que sentía no tener tiempo para quedarse a cenar, pues había terminado una carretilla para la señorita Potter, y esta le había encargado además dos gallineros.

Y cuando iba yo a correos al caer la tarde, miré hacia el callejón desde la esquina y vi al señor Samuel Bigotes y a su esposa corriendo a todo correr, con una pequeña carretilla que se parecía mucho a la mía cargada de grandes bultos.

En ese momento entraban en el granero del granjero Patatas.

Samuel Bigotes resoplaba sin aliento. Ana María no paraba de discutir con voz chillona.

Parecía saber adónde iba y llevaba mucho equipaje.

¡Estoy segura de que yo nunca le di permiso para que cogiera prestada mi carretilla!

Entraron en el granero y subieron sus bultos con un cabito de cuerda hasta lo alto del montón de heno.

Desde ese día no hubo más ratas durante mucho tiempo en casa de Milagros de Miau.

En cuanto al granjero Patatas, está a punto de volverse loco. ¡Hay ratas, ratas y más ratas en su granero! Se comen el pienso de las gallinas y roban la avena y el salvado y hacen agujeros en los sacos de harina.

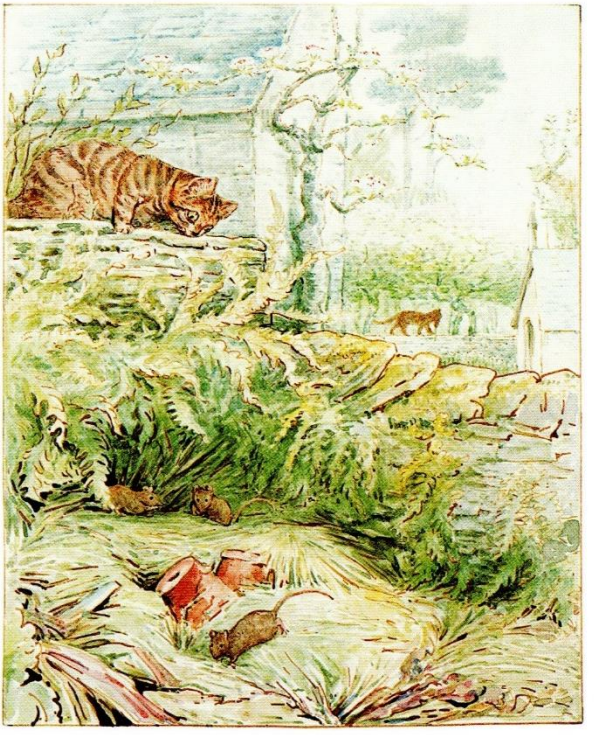
Y todas descienden del señor Samuel Bigotes y su esposa: hijos, nietos, biznietos y tataranietos.

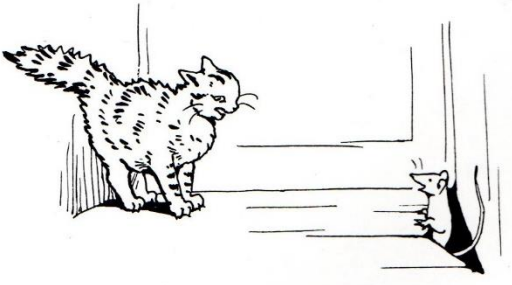
¡No se acaban nunca!

Minina y Felina se convirtieron en excelentes cazadoras de ratas.

Salen a cazar por el pueblo y tienen mucho trabajo. Cobran a tanto la docena, y se ganan la vida holgadamente.

Cuelgan los rabos de las ratas en fila en la puerta del granero para que se vea cuántas han cazado: docenas y docenas.





Pero a Tomás siempre le han dado miedo las ratas. Nunca se ha atrevido a enfrentarse a nada que sea más grande que...

Un ratón.

FIN